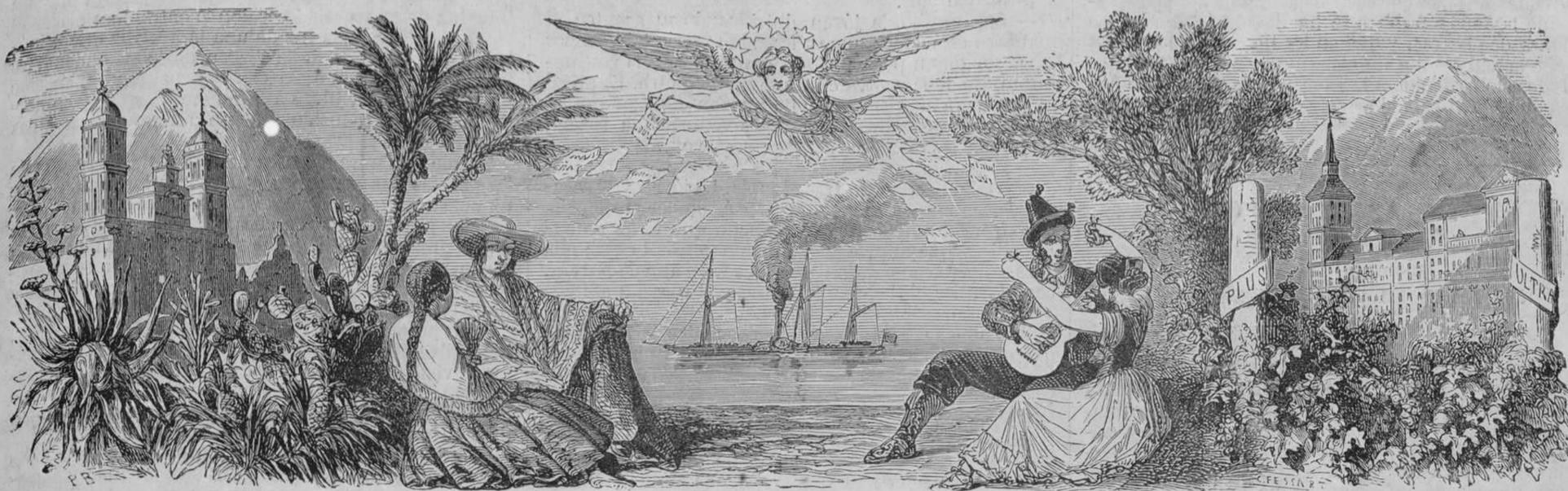


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — Tomo XII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 17. — N° 302.

Administracion general, passage Saulnier num. 4, en Paris.

## SUMARIO

**El príncipe Nicolás Conaki-Vogorides;** grabado. — **El asno cojo.** — **Revista de Paris.** — **Carreras de caballos;** grabados. — **La feria de las vanidades.** — **Recuerdos de cacerías en la Estiria;** grabados. — **Las Aguedas.** — **Las ferias de Madrid;** grabados. — **Exposicion de la industria de la Selva Negra;** grabado. — **La mujer.** — **Coleccion arqueológica del príncipe Pedro Soltkyoff;** grabados.

Las esperanzas del porvenir que hacia ya concebir el príncipe Vogorides, determinaron á Konaki á darle su hija y á hacerle llevar su nombre.

Desde ese momento el príncipe pensó en consagrarse á los negocios públicos del principado de Moldavia, en cuanto se presentara la ocasion de hacerlo.

La camaikamia del vornick Teodoritz Balche, su pariente, le proporcionó la ocasion que esperaba; aceptó la cartera del ministerio de Hacienda, y en ese ramo

administrativo hizo á su pais los servicios mas útiles.

A la muerte del caimacan Balche, el príncipe Vogorides fué, de todos los miembros del consejo de ministros, el hombre á quien el sultan halló mas digno de gobernar el pais, durante el periodo difícil que tenia que atravesar, hasta la plena y entera ejecucion de las estipulaciones del tratado de Paris concernientes á los principados.

En los primeros dias de marzo de 1857 el príncipe recibió de manos del consejo administrativo la direccion de los negocios de la Moldavia en virtud de un firman imperial.

Desde esa época el príncipe Conaki-Vogorides se ha aplicado constantemente á utilizar el tiempo que le dejaban las complicaciones políticas para introducir en la administracion interior de la Moldavia mejoras duraderas que ha sabido realizar á pesar de las dificultades del momento y de los estrechos límites del poder provisional de que estaba investido.

Ante todo se consagró á mejorar el estado de los hospitales y el de las cárceles; despues reorganizó las escuelas y el sistema de enseñanza; completó el cuerpo de profesores; ordenó la impresion de obras de educacion en la lengua del pais, y en otro orden de cosas introdujo reformas importantes en los procedimientos judiciales.

Además, se ocupó muy particularmente de la milicia. Por sus órdenes se renovó enteramente el equipo de las tropas, y les dieron armas de precision fabricadas segun los mejores modelos. Estableció una nueva batería de artillería, y por último emprendió con actividad la formacion de guardas de la frontera que deben proteger la última demarcacion del principado, hecha con arreglo al tratado del 30 de marzo.

No indicamos aquí una porcion de mejoras materiales, llevadas á cabo en las importantes ciudades de Jassy y de Galatz. Además se ha reglamentado el servicio de la po

## El príncipe

NICOLAS CONAKI-VOGORIDES

CAIMACAN DE MOLDAVIA.

El príncipe Nicolás Vogorides nació en Jassy en 1817 durante el gobierno de su padre S. A. el príncipe Estefanaki Vogorides, muchir de la Sublime Puerta, antiguo príncipe de Samos y consejero íntimo de S. M. el sultan Mahmoud.

En 1835 el príncipe Nicolás fué enviado á Viena para completar su educacion comenzada en Jassy y en Constantinopla. A su regreso, fué nombrado primer secretario intérprete de la embajada de Paris, y entonces pudo iniciarse en las costumbres, ideas é instituciones políticas y administrativas de la Francia.

Cuando el advenimiento al trono del sultan Abdul-Medjid, el príncipe Nicolás fué llamado á Constantinopla para llenar en la Sublime Puerta las mismas funciones de secretario intérprete que ocupó con distincion hasta el año 1843.

Por esa época intereses de familia le llamaron á Jassy, su ciudad natal, donde se casó con la hija única de uno de los personajes mas importantes del principado.

La alta posicion de familia y de fortuna de la princesa Katinka, la brillante educacion que habia recibido, las gracias de su persona, la designaban como el partido mas considerable del pais.



EL PRINCIPE NICOLAS CONAKI-VOGORIDES, CAIMACAN DEL PRINCIPADO DE MOLDAVIA.

lía, y se ha perfeccionado el sistema postal en el interés del tesoro y de los particulares.

En fin, por primera vez se han publicado las cuentas del presupuesto anual del principado, y de esta publicación resulta que los recursos de la Besarabia agregada, aumentaron ya en el primer año de la anexión en unos ocho millones de piastras las rentas del principado; que la deuda pública se ha disminuido en cinco millones de piastras, y que en los ingresos y los gastos del año actual resulta un sobrante de 200,000 piastras. — Todo esto es debido á la inteligencia y probidad con que gobierna el país el príncipe Nicolás Conaki-Vogorides.

## EL ASNO COJO

NOVELA ORIGINAL

POR DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuacion.)

Pero en el momento en que la presentamos á nuestros lectores, se levantó el tapiz que cubría la puerta del gabinete, y entró una mujer ya de edad proveya, de semblante magro y pálido, vestida de negro y cubierta la cabeza con una luenga mantilla, prima hermana de los ya antiguos y olvidados mantos, mantilla en que no se veía otra blonda que la de un velo de una cuarta de anchura, que la recién venida levantó al entrar en el gabinete.

Nadie hubiera dudado á primera vista que era una ama de gobierno, clase que sustituyó á las dueñas en el nombre, pero que en la práctica eran como estas del *adlatere* mas perjudicial que podía darse á una jóven; no le faltaba el largo y lustroso rosario negro con cruz de plata pendiente de su cintura, ni la expresion astuta, hipócrita y complaciente de la encubridora de amores en su semblante.

Aquella jóven y aquella vieja eran, por decirlo así, el plan viviente de uno de esos fastidiosos dramas sentimentales, en que el amante es un Don Juan ó un Lovelace casero, y que tiene por resultado la muerte por amores de la dama, la condenacion del galán y el encierro perpetuo de la dueña.

Pero no temas, lector, que acontezcan tales desgracias en nuestro cuento: ha pasado ya el tiempo de los Tenorios y Mañaras, y los jóvenes de 1768, como los del día, no perecen por el amor.

Sea como quiera, es preciso seguir adelante ya que hemos empezado, y decir que la vieja, despues de un Deogracias y de haberse sentado en un sillón junto á la jóven, la miró de hito en hito lanzando sobre su semblante una mirada inquieta, tan preñada de misterios, que la jóven, presintiendo alguna desgracia, se apresuró á preguntarla:

— ¿Qué sucede, doña María?

— ¿Qué ha de suceder, pecadora de mí! contestó la vieja, sino una gran desgracia; ¿porqué habia yo de haber vuelto sin asistir á la disciplina de San Ginés para pagar mis muchos y grandes pecados sino por una causa grandísima?

La jóven se puso pálida.

— ¿Ha acontecido alguna desgracia á mi tío?

— Mucho mas, señorita, mucho mas.

La niña se puso en pié, como pretendiendo ir á evitar peligros que no conocia: la vieja dulcificó su semblante, y llevó el pañuelo á sus ojos aparentando en jugar una lágrima.

— No: no es para encomendarse á Dios lo que nos sucede. Se trata de un antiguo conocido á quien no sé si Vd. ha olvidado, de un jóven...

— ¿Juan! exclamó tímidamente la niña, cuyas megillas coloró el rubor.

— ¿Ha vuelto?

— Vamos, dijo para sí la vieja, aun le ama; esto es raro; pero en fin, así es mejor. Si, señora, ha vuelto, pero ha vuelto pobre.

— ¿Y qué me importa que sea pobre? ¿acaso no lo sabia yo? ¿acaso hemos podido evitar el amarnos cuando hemos crecido juntos? ¿Hay acaso otro mas generoso y mas noble? ¿Y dónde está, doña María? preguntó tímidamente la jóven.

— Aquí, Angela mia, contestó una voz tras el tapiz de la puerta, que se alzó al mismo tiempo y dió paso á un conocido nuestro.

Era el cazador del Rey que se adelantó cojeando, á pesar de sus esfuerzos por disimular esta falta que debía al cañon inglés.

La presencia de Juan, pues así se llamaba, produjo una peripecia. Angela dió un grito; doña María fingió escandalizarse, y el cazador aparentó á las mil maravillas un encogimiento que no le dominaba. Todos mentían: aquello era una farsa.

Pero como todo pasa en este mundo, calmóse la extrañeza de Angela, el temor de la vieja y el aturdimiento de Juan.

— Es Vd. un atrevido, caballero, dijo la vieja dando vueltas en su bolsillo á una onza de oro con que Juan la habia comprado su introduccion hasta el gabinete; un atrevido y un imprudente. ¿Qué se diría de doña María si alguien llegase á sospechar...!

— Déjenos Vd., la dijo Angela, ya que por una casualidad que no concibo, si no es por su causa, se encuentra aquí; póngase Vd. en acecho; ya sabe Vd. que si viene mi tío...

— ¿Con que es decir que se me culpa?...!

— Nada digo, contestó con severidad la jóven.

— Que se me culpa al menos...

— ¿Doña María!

— Pero...

— ¿Vaya Vd.!

— Es que yo...

— En fin, dijo la jóven dulcificando su acento; el mal paso está dado; que saliese ahora seria tal vez mas expuesto que su permanencia, porque segun la costumbre mi tío debe venir de un momento á otro. Es preciso que haya alguien que evite un compromiso.

— Esto ya es otra cosa, esto es venirse á la razon; agradecer los buenos servicios: voy, voy... si toso...

— Bien... muy bien...

La vieja desapareció tras el tapiz. La jóven y el cazador se contemplaron sin atreverse á romper el silencio. El sufría como todo ser desgraciado que tiene ante sí un objeto que anhela y al que no puede llegar; ella gozaba, pero como gozan las niñas ricas aun de pureza, con el rubor pintado en la frente y el corazón agitado por una sensacion indescribible.

Y como las cosas indescribibles es mejor dejarlas para que el curioso lector se las figure á su manera; nosotros prescindimos de los monosílabos, las miradas tímidas de los amantes, los profundos suspiros y las reticencias amorosas.

Pasemos pues por alto este prólogo, que está en estado de fingirse sin duda el mas jóven de nuestros lectores, y empecemos por la parte donde pudiera decirse con razon que empieza el interés del dialogo.

— ¿En qué estado vienes, Juan! dijo al fin la jóven.

— En un estado fatal, es verdad; vengo cojo, enfermo, desesperado; valgo tanto como un mendigo inútil; al par que tú, Angela, has acabado de formarte, y eres una de las mas hermosas damas de la corte. Nuestros amores deben terminar. Empeñarnos en ello seria una locura, y yo no puedo ni debo permitir que unas tu suerte, que te sonrie, á la mia, que se muestra conmigo madrastra cruel. Separémonos, olvidemos los sueños de nuestra infancia, y sea tu esposo otro mas feliz que yo.

El cazador del Rey sufría visiblemente al pronunciar estas palabras: sus ojos estaban preñados de lágrimas. Angela le habia escuchado en silencio.

— Olvidar nuestro amor, dijo al fin; ¿acaso es posible? Acuérdate que un día me dijiste: voy á separarme de tí por tu amor; soy hijo de un hombre del pueblo, y necesito elevarme para llegar hasta tí con la frente erguida. España tiene un ejército, y en él voy á buscar la nobleza que me ha negado la suerte, y el dinero que mi desdicha me disputa. Yo tengo fuerte el corazón, y acometeré ese porvenir con fe y valor por tí; volveré capitán, ¡quién sabe si general! Soñabas como sueñan los niños; yo soñaba tambien, y te dejé marchar.

Juan bajó la cabeza, y por sus megillas rodó una lágrima de desesperacion.

— Pero acuérdate aun, continuó Angela, de la última vez que nos vimos; fué en la iglesia de Atocha; era cerca de anochecer; casi nos envolvía la oscuridad: doña María rezaba; nadie á excepcion de nosotros estaba en la iglesia; entonces te acercaste á mí y me tomaste una mano que yo no retiré.

— Estamos delante de Dios, me dijiste; voy á separarme de tí; tal vez no volveremos á vernos. Júrame ante ese santo altar que serás mi esposa, como yo te lo juro delante de Dios.

Juan callaba.

— Y lo juré, continuó con exaltacion la hermosa; lo juré con el corazón abierto á Dios, y desde entonces soy tu esposa.

— ¿Angela!

— ¿Qué importa que seas pobre si yo soy rica?

— Pero mi clase...

— El amor todo lo iguala.

— Te escarnecerán.

— ¿Quién? ¿esa turba miserable que tiene cubierto de lodo el corazón, que ni siente ni comprende, para quienes son un misterio esas pasiones inmensas de que solo seres como nosotros son capaces? No, Juan; sea como fuere, serás mi esposo. Mi tío me ama, y no se opondrá. Pero es necesario que varies de traje. Toma. Angela se levantó con direccion á su buró; Juan la detuvo.

— No, Angela, no es necesario. Salvé la vida á mi capitán, hombre noble, generoso y rico, y al enviarme mi licencia por inútil, me envió doscientas onzas; con eso tengo lo que he menester. Pero medita bien el paso que vas á dar; si mañana te avergüenzas...

Doña María cortó la conversacion de los dos amantes; su tos seca y convulsiva se dejó oír tras el tapiz, y al fin apareció trémula y demudada.

— Oiga Vd., dijo á Juan; el señor conde viene aquí. ¡Dios mio! Ya se escuchan cerca sus pasos. ¡La Virgen de la Almudena sea con nosotros!

Angela abrió la puerta de su gabinete y entró en él con Juan.

— Ya sabes que al fin de ese corredor hay una escalera, esa escalera conduce á las guardillas; aun vive en la misma casa tu padre. Vete.

Sonó un beso entre la oscuridad y Juan se alejó.

Un momento despues, Angela, sentada en el sofá, acariciaba al falderillo como si nada hubiera acontecido, y la vieja rezaba devotamente el rosario, á tiempo que un hombre, levantando el tapiz, entró en la estancia.

## CAPITULO III.

### LA VUELTA POR EL TEJADO.

Es una guardilla; sobre su estrecha puerta hay un tragaluz desguarnecido por donde entra á su placer el viento; dentro, á la luz de una lamparilla que alumbraba á una estampa de la Virgen de la Almudena, se ven una mugrienta mesa sobre la cual hay un enorme tintero de piedra, junto á la mesa un arcon, y en derredor de aquel reducido y negro ámbito algunas sillas desvencijadas.

Todo allí respira miseria; pero si abriéramos una de las puertas que comunica con el interior, halláramos un cuarto en que todo revelaba la mano de una mujer. La cama, aunque pobre, limpia; la mesita adornada de preciosas flores artificiales á falta de las naturales; cierto perfume en fin que solo se encuentra en el aposento de una mujer jóven y aseada. Este cuartito tenia una ventana: esta ventana daba sobre un tejado.

A la hora en que terminaba el capítulo anterior, quien hubiera estado asomado á aquella ventana, hubiera visto aparecer en el otro extremo del tejado, saliendo por una claraboya oscura un bulto informe que se arrastró trabajosamente, y se detuvo, indeciso sin duda acerca de la direccion que debia tomar.

Sobre el tejado habia algunos tragaluzes, pero todos estaban iluminados y por todos surgia ruido y movimiento; solo habia uno, al través del cual nada se escuchaba: este era el de la guardilla que hemos descrito á nuestros lectores. El bulto se adelantó entre la oscuridad; llegó á la ventana y entró; detúvose y aplicó el oído; nada se escuchaba. Entonces avanzó á tientas, buscó la puerta y entró en la parte anterior de las guardillas.

Entonces, á la luz de la lamparilla, podia reconocerse; era Juan, el cazador del Rey, el amante de Angela.

Por un momento miró en torno suyo, irresoluto; luego su semblante se animó, y una sonrisa extraña lució en sus labios.

— ¡Por mi alma! dijo; mucho me engaño si esta no es mi casa; sí, Teresa aun no se ha olvidado de tener eternamente encendida su candelilla delante de esa virgen; este es el sillón de vaqueta de mi padre; aquel el arcon de las provisiones, y esotro el enorme tintero que ha servido para borrar tantos y tan malos versos á mi amigo Diego; sí, indudablemente estoy en mi casa, á no ser que las brujas me hayan tomado por su cuenta.

En aquel momento oyóse en las escaleras el sonido de un violin.

— Es mi padre que llega, dijo Juan; presentarse así de pronto, cuando no me espera, seria sorprenderlo. No: mas vale ocultarme y meditar el medio mas á propósito para la presentacion.

Al punto resonó una llave en la guardilla, que se abrió, y apareció un hombre que se detuvo, volviéndose á otro que le seguia.

— Imposible, señor conde, dijo aquel hombre; entre nosotros todo está terminado, y no sé para qué me necesite V. E.

El hombre á quien el primer hombre se dirigia, le empujó amistosamente, y entrambos entraron en la guardilla, cuya puerta se volvió á cerrar.

El uno de ellos, el que primero habia hablado, era un hombre del pueblo: llevaba un sombrero raído echado sobre los ojos, que á mas estaban cubiertos por unas gafas y una visera de tafetan verde; su capa era burda y usada, y sus zapatos ferrados. Llevaba un violin en la mano izquierda, y colgado del brazo un palo.

Este hombre se descubrió, dejando ver su cabellera cana, cuando hubo cerrado la puerta, sin duda por respeto al que le acompañaba.

Este era un caballero como hasta de cincuenta años; llevaba sombrero triangular, capa riquísima, y bajo ella una casaca segun el estilo de la época, bajo cuyos faldones relucia la empuñadura de acero de una espada de corte.

La fisonomía de estos dos hombres predisponia en contra de ellos; parecian pertenecer á un mismo tipo: los dos revelaban la astucia; en los dos se notaba algo que estremecía, y diferenciábanse, á mas de las formas, en que la del primero tenia la expresion de la miseria y de la abyeccion, y la del segundo la soberbia y el dominio.

Entrambos hombres se contemplaron con una expresion particular y desconfiada durante algun tiempo.

Juan observaba oculto tambien tras la puerta del cuarto donde se habia retirado, sin darse cuenta de lo que veia, puesto que habia reconocido al tío de Angela en el caballero que estaba con el otro hombre, en quien habia reconocido á su padre.

— ¿Qué querrá aquí el conde de Campo Rojo? dijo para sí el jóven.

Y como si hubiese adivinado su pensamiento, el conde dió al otro:

— Vengo á verte, Pedrillo, para que anudemos nuestras relaciones rotas hace catorce años.

Juan, que todo era ojos y oídos, notó que su padre se estremecía.

— Ya sabia yo, señor, dijo dominándose, que la presencia de V. E. aquí no podia menos de serme funesta, á mí, que á pesar de mi arrepentimiento y de mi expiacion, no he podido olvidarme aun del infausto año de 1754.

El conde le puso la mano sobre los labios como teme-

roso de que dijera mas, y miró en torno suyo recaleso.

— Descuide V. E., continuó Pedrillo apartando la mano del conde. Estamos solos, y lo estaremos durante algun tiempo. Diego estará á estas horas en la puerta del coliseo del Principe vendiendo sus mondadientes, y Teresa no vuelve del taller hasta las ánimas.

Callaron aquellos dos hombres.

El conde se paseaba agitado por la guardilla. Pedrillo cabizbajo y visiblemente disgustado permanecía de pié junto á la mesa.

— Es necesario acabar, dijo el conde deteniéndose bruscamente delante de Pedrillo; es preciso que me oigas y desempeñes la delicadísima comision que voy á confiarte.

— Pero medite V. E. que yo soy un hombre inútil, murmuró Pedrillo; los padecimientos me han gastado; apenas sirvo ya para ganarme un pedazo de pan á costa de mi violin.

— Pero se trata de un negocio que solo se necesita voluntad para llevarle á cabo. Por otra parte, nada me puedes negar, porque tengo en mi poder algo que te compromete. En octubre de 1754 me escribistes esta carta:

«Señor don Juan de Haro: He servido á Vd.; el conde ha muerto. Os he desembarazado de un hombre que os estorbaba, y espero será consecuente con lo prometido. Necesito el dinero, no tanto para mí, como para hacer callar al médico, que pudiera revelar, si no le entrego una cantidad en que hemos convenido, que el conde de Campo Rojo ha muerto antes de tiempo. Humilde servidor de Vd.

» PEDRO DE LAS HERAS. »

— Fuí muy imprudente, es verdad; pero V. E. no presentará esa carta á los tribunales, porque perdiéndome se perdería conmigo.

— ¿Y acaso puedo yo evitarlo? contestó el conde con visibles muestras de mal humor; como yo te tengo en mi poder, á mi vez me tienen otros que son poderosos é implacables: yo tambien he sido imprudente, y no puedo retroceder.

— ¡Cómo! exclamó asustado Pedrillo.

— Sí, he sido un imbécil. Aterrado por el recuerdo del conde, tuve momentos de demencia; en uno de aquellos momentos en que el corazón necesita dilatarse, escribí mis Memorias y detallé el crimen; aquellas Memorias estaban en mis papeles.

— ¿Y quién ha robado á V. E. esos papeles?

— Ella.

— ¿La condesa?

— Sí; algun tiempo despues de nuestro enlace creyó notar en mi indiferencia, creyó desamor lo que era desesperacion; tú sabes lo que me amó aquella mujer; tuvo celos, y un dia examinó mis papeles, creyendo encontrar sin duda una correspondencia amorosa: entonces halló mis Memorias, vió en ellas detallado mi amor hacia ella, mis pensamientos desesperados, y en fin el asesinato de su primer marido; supo que yo era quien la habia robado sus hijos, quien por ella y mi ambicion habia puesto ante sus piés un abismo de sangre. La condesa guardó las Memorias; nada me dijo, pero enfermó y llegó á las puertas de la muerte. Murió. Inquieto yo, busqué aquellas Memorias entre los papeles de la condesa y no las encontré. Esto me tuvo desasosegado algun tiempo, pero al fin me tranquilicé. Habian pasado dos años: nada habia resultado: sin duda la condesa habia destruido aquellas Memorias. Pero he recibido un terrible anónimo, anónimo en que se me habla de esas Memorias y se me amenaza con presentarlas á la justicia, si no me presto...

— ¿A qué? dijo Pedrillo.

— A asesinar al fiscal del Consejo de Castilla, conde de Campomanes.

— ¡Ah! dijo Pedrillo.

— Yo me encuentro cogido, dijo el conde, y yo te tengo cogido á tí. Si el terrible poder que me envía ese anónimo, que me pide la muerte de Campomanes, me entrega á la justicia, á mi vez te entrego yo á tí.

— ¡Estoy pronto á todo! dijo con terror Pedrillo.

— No se trata de un lance ruidoso; desde esta mañana he meditado mucho, y he encontrado un medio.

El semblante de Pedrillo radió con una expresion de esperanza.

— Contéstame en verdad. ¿Qué hiciste de los hijos del conde?

— ¡Señor!

— Responde: sé que viven.

— ¿Quién ha dicho á V. E. ...?

— El semblante de Juan, parecido en un todo al de su padre; el de Teresa, que es un retrato de su madre; la edad de entrambos.

— Pues bien, es cierto: yo no tuve valor para arrojarlos á la casa de los Desamparados, y los tuve lejos de mí mientras fueron pequeñuelos; luego los traje á mi lado, los he educado á mi manera, y los amo como si fueran mis hijos.

— ¿Y dónde está Juan?

— En el ejército.

— Pues bien, es necesario que esta noche aparezca en Madrid.

— ¡Cómo!

— Entendámonos; cuando el muchacho era estudiante, hubo de ver por las lumberras de las guardillas á Angela.

(Se continuará.)

### Revista de Paris.

Un conde prusiano que ha pasado con su señora el estío de 1858 en Paris, se vió obligado á marchar antes de la época fijada para su regreso por una desgracia ocurrida en su familia. Creyendo el conde que su presencia en su país seria forzosa durante pocos dias, se decidió á dejar aquí á su señora, prometiéndose venir luego á buscarla.

El conde hacia pues sus preparativos de viaje, cuando se acordó su señora de que habia prometido á una amiga suya un objeto de fabricacion parisiense, y la coyuntura para enviárselo no podia ser mas propicia.

Una hora antes de salir el conde vió entrar á su señora con una enorme caja de carton.

— Amigo mio, quisiera que te llevaras este encargo, le dijo.

— ¿Y para quién?

La condesa dió el nombre y las señas de su amiga.

— ¿Se puede saber lo que contiene?

— ¡Dios mio! una cosa insignificante, pero es antojo de mi amiga; una crinolina fabricada en Paris y armada como ella me ha pedido.

— Pero, hija mia, es imposible que yo lleve conmigo esa inmensa caja.

— Te lo suplico yo.

— Vamos, no puede ser, no te empeñes en ello.

La condesa insiste, el conde se obstina. Se despiden de mal humor, y la caja se queda en Paris.

El viajero creia que aquello pasaria, pero contaba sin la huésped, ó mejor dicho, sin la malicia femenina.

Cuando llegó á la frontera de Prusia le suplicaron que entrara en las oficinas del telégrafo, y le pusieron en sus manos un despacho concebido de este modo:

«Señor conde: á su salida de Vd. la señora ha tenido un accidente que pone sus dias en peligro. Tenga Vd. la bondad de volver al instante.»

Y firmaba la doncella de la condesa.

Cuando el conde entraba en el vagon en el embarcadero de Paris, mandaban el despacho por el telégrafo dando las señas del conde á los empleados del ferro-carril que debian entregárselo.

El conde se estremeció con la noticia, recogió su equipaje y regresó á Paris sin pérdida de tiempo.

Cuando llegó, encontró á su señora en la cama llorando y agitándose convulsivamente.

— ¿Qué tienes? la preguntó; en nombre del cielo, habla.

— ¡Ah! exclamó la condesa con una voz muy débil, eres un infame.

— ¿Y por qué?

— ¡Ah! es una cosa horrible, no lo habria creído...

— Pero ¿qué es?

— La crinolina de mi amiga que se ha quedado aquí...

— ¿Ha sido por eso? ¡Dios mio!... cálmate, siento haberte molestado por tan poca cosa... No podia imaginarme...

— Me ha causado un trastorno...

— Está remediado, me llevaré la crinolina, y veinte crinolinas mas si te parece.

— Gracias, amigo mio, gracias.

El conde pasó la noche á la cabecera de la enferma, y á la mañana siguiente la crisis podia darse por terminada.

La despedida fué muy afectuosa entre ambos esposos, y la enorme caja tomaba el camino de Berlin con el equipaje del conde.

M. E. Guinot, uno de los cronistas parisienses que siguen al mundo elegante en sus excursiones por el extranjero, cuenta esta curiosa anecdota:

Un jóven nacido en Paris y sin fortuna viajaba hace algunos años por Alemania con el título de baron.

No le inspiró la vanidad esta supercheria.

Enamorado de una señora alemana de elevada alcurnia, que habia desdeñado el amor de un hombre de condicion ordinaria, habia querido ilustrarse con la nobleza para conseguir sus favores.

Si el motivo no excusaba el hecho, seguramente le atenueaba. Era un asunto de sentimiento, y no una pretension ridicula.

No obstante, el jóven poseia en realidad un apellido que se prestaba al fraude; pues era el mismo que lleva una de las familias históricas de Francia.

Nosotros le callaremos discretamente, y nos contentaremos con nombrar al jóven por su título.

El baron se habia parado pues en su viaje, y se habia instalado en una de las ciudades principales de Alemania, donde habitaba la señora objeto de sus amores, y donde se habia propuesto permanecer todo el tiempo que se lo permitieran los escasos recursos de que disponia.

Su título, su buena presencia y su educacion le abrieron las puertas de los salones.

Una vez en medio de una sociedad distinguida se llegó á él un caballero anciano que habiendo oido su nombre, le dijo:

— Somos parientes.

Al oír estas palabras el jóven se quedó cortado y confuso.

Pero el anciano, tomando por la altanería propia de un noble su sorpresa, repuso sonriendo:

— Puede Vd. reconocermé sin mengua, señor mio. Soy el conde de X...; mi madre era francesa y tenia el mismo apellido que Vd., es decir, era de su misma familia, pues nunca ha habido en Francia mas que una casa de ese nombre. Es verdad que se creia exinguida, pero yo siempre he oido decir á uno de mis tios que debia quedar algun vástago de ella en la provincia donde ha nacido Vd. No se engañaba por cierto, ahora lo conozco.

Alarmado con un incidente que le colocaba en una posicion falsa á todas luces, el jóven trató de persuadir al conde de X... que estaba en un error. ¡Vano empeño! La conviccion del conde era muy firme. Contentísimo por haber hallado un pariente que le hacia mucho honor por su nombre, su figura y sus modales, le presentó en las primeras casas de la ciudad

donde aun no habia sido admitido, y donde encontraba á a dama de sus pensamientos.

Sin estos amores se habria apresurado á desaparecer de la ciudad para despojarse del título que ya le pesaba tanto, y para sustraerse al afecto del conde que cada dia le demostraba mayor interés, presentándole en todas partes como un representante de la nobleza mas encumbrada de Francia.

En breve se complicó la situacion. En una de las casas donde habia entrado recientemente se hallaba una jóven encantadora, y el conde quiso que se casara con ella.

Era un partido soberbio, pero el baron tenia bastante delicadeza para no abusar de la falsa posicion en que se veia, y contraer un enlace que debia darle una fortuna. Rechazó pues la proposicion del conde, y respondió á sus preguntas que era pobre y no queria deber la riqueza á su mujer.

— ¿Qué está Vd. diciendo, amigo mio? exclamó el conde. ¿Ha creído Vd. que yo dejaria en la pobreza á un jóven noble de mi propia familia? Ni por pienso.

— ¿Y cómo lo gobernará Vd.?

— De un modo muy sencillo: yo soy rico y me hallo soltero; Vd. es mi único pariente, y le doy á Vd. un dote igual al de la señorita, que solo espera su consentimiento de Vd. para la boda.

El jóven dió las mas expresivas gracias á su protector; pero le declaró categóricamente que no queria aceptar sus generosos ofrecimientos.

— Esa delicadeza no me sorprende en un hombre de su raza de Vd., repuso el anciano. Pero debo advertir á Vd. una cosa que hasta ahora he tenido en secreto.

— ¿Y cuál es?

— Que no es un donativo que quiero hacer á Vd., sino una restitucion.

— ¿Cómo puede ser eso?

— Le he hablado á Vd. de un tio que era de su familia, y que si hubiera tenido la dicha de conocer á Vd., sin duda ninguna le habria nombrado su heredero. Yo he recogido esa herencia en perjuicio de Vd., y debo restituirla á quien le pertenece.

El jóven combatió el proyecto fingiendo que le tomaba por una estratagema ingeniosa hija del cariño que le profesaba el anciano, y como el conde formó empeño, se decidió á declararse á medias.

— Ya que Vd. me obliga á ello, le confesaré á Vd., aunque avergonzándome, que no estoy bien seguro de mi título de baron; me fundo para dármele en presunciones vagas. Mi fe de bautismo, lo mismo que la de mi padre, lleva simplemente el apellido de \*\*\*, sin título ninguno.

Otro escrúpulo, exclamó el obstinado anciano; pero este es el mas desatinado, y yo tomo sus presunciones de Vd. por una certidumbre. Un apellido tal no es propio de villanos. La fe de bautismo de su padre de Vd. data sin duda del tiempo de la república que suprimió los títulos de nobleza en Francia. Su familia de Vd., como tantas otras que se encontraron en el mismo caso, vino á decaer por un efecto natural de las circunstancias; pero á Vd. le toca sacarla de la oscuridad en que yace. Seria un crimen dejar vegetar en la miseria y en la sombra el nombre que Vd. lleva. Cásese Vd. con la señorita en cuestion, que es hija de mi mejor amigo, tome Vd. de mi fortuna la parte que le pertenece, y á mi fallecimiento tendrá Vd. lo restante de un millon de florines.

Se necesitaba una buena dosis de valor y de probidad para resistir á la tentacion de adquirir una fortuna que con tanto empeño se venia á la mano; el supuesto baron salió victorioso de esta prueba; pero su virtud tenia que sufrir otra mas escabrosa todavia.

El lance que le habia determinado á fijarse en Alemania y á tomar el título de baron podia darse por concluido; habia sido una simple aventura, un afecto pasajero que no tardó en ser reemplazado por un amor profundo, y este amor hubo de inspirársele la jóven con quien el conde queria que se casara. Ahora es preciso añadir que la niña por su parte concibió hacia él una pasion entrañable, una de esas pasiones alemanas, sencillas y animosas á un tiempo, que conducen á una jóven á dar un paso como el que dió esta señorita.

Fué á ver al supuesto baron y le dijo:

— Se obstina Vd. en no ser rico y yo sé la causa.

— ¡Señorita!...

— Sí, es porque no me ama Vd., y la fortuna debe llegar á sus manos con la condicion de que se casará Vd. conmigo; pero yo sé un medio de arreglarlo todo...

— La juro á Vd....

— Dé Vd. el consentimiento para la boda, un consentimiento fingido y yo diré que no... aunque le amo á Vd.

Esta confesion tan sencilla, tan franca y tan generosa, fué el golpe supremo que hirió en el corazon al jóven parisiense. Una mentira, una ligereza indisculpable le habian impuesto el suplicio de tener que renunciar á la fortuna y á la felicidad que le perseguian como un castigo.

La expiacion era cruel; pero ni la honra ni la probidad sucumbieron en ella. El valeroso jóven logró sustraerse por medio de la fuga á los peligros de la tentacion, y volvió á Paris con el bolsillo vacío y el corazon ocupado por un amor sin esperanza.

De los viajeros parisienses del año actual este puede citarse sin duda como el mas heróico de todos ellos.

MARIANO URRABIETA.

### Carreras de caballos.

#### BADEN Y CHANTILLY.

##### I.

#### BADEN.

El domingo 5 de setiembre á la una de la tarde reinaba en Baden la mayor animacion; se disputaban los



CARRERAS DE CABALLOS EN BADEN. — LAS TRIBUNAS DEL CAMPO DE LAS CARRERAS EN IFFETZHEIM.

coches y los omnibus; á caballo, á pié, todo el mundo se apiñaba en el camino que conduce á Oos, y este gran movimiento era causado por el deseo de asistir á un espectáculo, nuevo para la mayor parte de la gente, á las grandes carreras de caballos de Iffetzheim.

La alianza entre los sportsmen de Francia y de Inglaterra está bien arraigada hace ya tiempo; pero hasta ahora el sport alemán no se había mostrado por falta de un punto de reunion conveniente. Por su posición geográfica, Baden se hallaba naturalmente designado para centro de las grandes carreras continentales, pero la tarea era difícil y los gastos enormes; se necesitaba la prodigalidad de M. Benazet para poner en ejecución un proyecto tan gigantesco.

En enero último se decidió que tendrían lugar las carreras, y al punto se comenzaron las obras; se eligió el terreno, se elevaron construcciones magníficas como por encanto, se creó la pista, los caminos se hicieron practicables, se constituyó la administración de las carreras, se ofrecieron premios que ascendían á 45,000 francos, y hoy existe cerca de Iffetzheim una arena admirable rodeada de un anfiteatro natural que tiene mas de dos kilómetros, con tri-



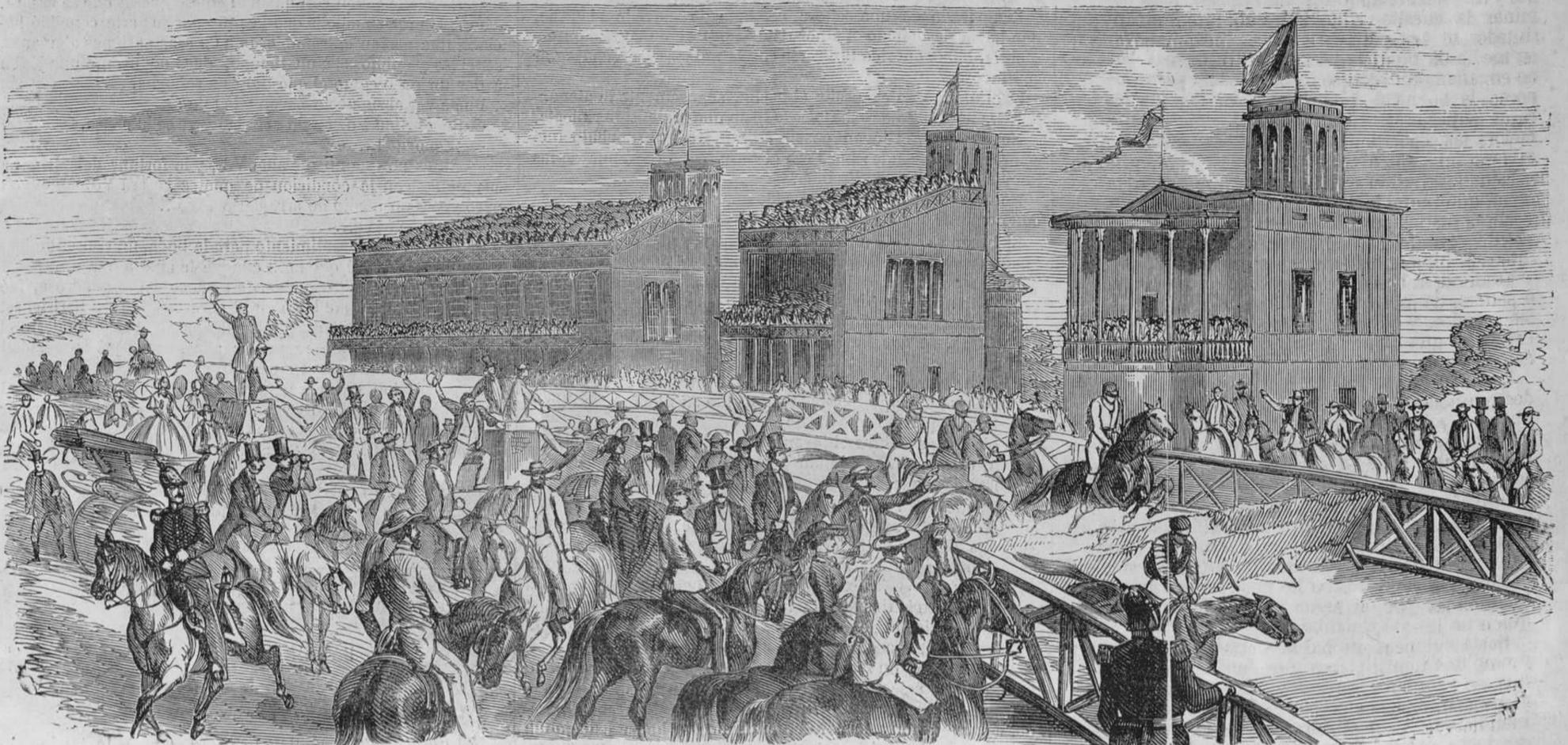
LA TRIBUNA GRAN-DUCAL.

bunas construidas de piedra de sillaría suntuosamente adornadas, y por último se hicieron unas caballerizas inmensas dispuestas segun los mejores modelos.

Iffetzheim es una bonita aldea situada no lejos del Rhin, á legua y media de Baden. Al Norte de la aldea, por el lado de Rastadt, se halla el campo de las carreras. El terreno está cubierto de yerba. Por un lado se toca á Iffetzheim; por el otro limita el horizonte la selva de Sandweier, y al Este reina un anfiteatro natural donde caben 50,000 personas.

Enfrente de este anfiteatro hay tres tribunas. La principal, destinada á S. A. R. el gran duque de Baden y de su comitiva, es un edificio cuadrado de una construcción elegante; en el piso bajo se halla la sala de los guardias. Una bonita escalera conduce al primer piso compuesto de una antesala y de un vasto salon ricamente adornado, de donde se sale á un estrado circular cubierto con un baldaquino que descansa en columnillas elegantes.

La segunda tribuna, un poco mayor, se halla dividida en el piso bajo, en sala de peso, sala de jockeys y despacho de los comisarios. El primer piso se compone de un vasto salon con vidrieras, ante el cual hay una



CARRERA DE VALLAS EL 8 DE SETIEMBRE DE 1858.

gradería para unas cien personas. Encima hay una azotea donde caben doscientas personas. Es la tribuna reservada para los miembros de la Sociedad de fomento de las carreras y para los representantes de la prensa.

La tercera tribuna, que es la mayor, es para el público, y tiene capacidad para mil doscientas personas. En el piso bajo hay una fonda; y en el superior se ve una galería de cristales, también con azotea. Delante de la galería de cristales hay una gradería.

Las tribunas tienen torrecillas donde flotan anchas banderolas con los colores badenses.

Un poco mas allá, á la izquierda, están las caballerizas, las cocinas de la fonda y el servicio medical. Delante de estas construcciones se extiende una pradera magnífica para que se pasen los caballos en el intervalo de las carreras.

Cuando el 5 de setiembre á las dos se dió la señal para el principio de la fiesta, el hipódromo de Iffetzheim presentaba un espectáculo admirable.

El gran duque y la gran duquesa de Baden, con su comitiva, se hallaban en el estrado de la tribuna; el jockey-club se hallaba allí completo; se veían altos personajes de varios países, y también se veía allí representada la prensa parisiense.

La tribuna grande estaba cubierta de señoras elegantemente vestidas. Por dentro de la pista todo eran carruajes y caballos. El anfiteatro natural que da frente á las tribunas se hallaba cubierto por una muchedumbre que habia acudido de diez leguas en contorno. Largas filas de soldados austriacos de la guarnición de Rastadt llamaban la atención con sus blancos uniformes.

Toda esa muchedumbre, todo ese movimiento, se producian en medio de un paisaje admirable, alumbrado por un sol esplendente.

Las carreras tuvieron lugar en los dias 5, 8 y 12 de setiembre; no entraremos en pormenores sobre la materialidad de ellas, porque, como hemos dicho otras veces, la larga nomenclatura de los caballos que disputan y ganan los premios con los nombres de sus dueños, no ofrecería el mayor interés para nuestros lectores.

II.

CHANTILLY.

Un extranjero, el conde Demidoff, fué quien concibió el pensamiento de establecer un hipódromo y de crear un campo de carreras en Chantilly. La idea fué bien recibida, y en mayo de 1834 algunos aficionados tomaban posesion de la magnífica pradera de Chantilly. Al principio estas carreras no fueron brillantes. Y sin embargo, por entonces la educacion del caballo comenzaba á tomar en Francia un desarrollo saludable. Comprendiase ya que sus resultados interesaban á la agricultura, al comercio y al lujo, es decir, al pobre y al rico, á la fortuna y al honor del país. En el fondo de todo esto habia una utilidad social y no unos simples juegos olímpicos, una ocasion de frívolas diversiones y de estériles apuestas. Elevándose para dominar la cuestion y considerarla por sus resultados, se veia en la institucion *bien dirigida*, en medio de progresos seguros, de pruebas que no engañan, un recurso incontestable para conocer la buena ó la mala produccion de las razas superiores, cuyo contacto ennoblece y mejora las especies secundarias y las razas decaídas.

Estas graves consideraciones valieron á las carreras de Chantilly la proteccion inteligente y eficaz del duque de Orleans, cuyo gusto y luces fueron tan útiles para el adelanto de los intereses hípicos del país.

Entonces el hipódromo de Chantilly comenzó á ponerse de moda: se aumentó el número de los premios, y las sumas que debian disputarse excitaron una viva emulacion entre los ganaderos.

En 1840 Chantilly vió por la primera vez dos reuniones, dos *meetings*, como se dice en Inglaterra, y desde esa época hasta el dia, todos los años sigue habiendo carreras en la primavera y en el otoño. Se disputan, en virtud de reglas fijas y constantes, unos veinte premios que se elevan á unos cien mil francos.

En 1848 estuvieron para sucumbir las carreras de Chantilly, pero felizmente se pudo neutralizar el golpe. En ese año, en el meeting de otoño, se inauguraron las magníficas tribunas establecidas por el señor duque de Aumale, quien no las vió concluidas.

Hasta entonces no habia habido en el hipódromo de Chantilly mas que tiendas pasajeras, que no reunian ninguna de las condiciones indispensables para el caso. Pero luego fué cambiando todo, y en el dia no se ve mas que lujo por todas partes. En suma, puede decirse que es un establecimiento regio, que corresponde á todos los esplendores de aquellos lugares, el

EL HIPÓDROMO DE CHANTILLY. — LUGAR DONDE SE PESAN LOS JOCKEYS.



castillo, la selva, las praderas y el palacio que lleva el nombre de caballerizas de Chantilly.

En el momento en que escribimos estas líneas, tienen lugar en Chantilly las carreras de otoño; aprovechamos la oportunidad para dar aquí una vista de la parte que llaman *enceinte du pesage*, ó lugar donde se pesan los jockeys, que es como si dijéramos los bastidores de este teatro.

X.

## LA FERIA DE LAS VANIDADES.

POR W. THACKERAY.

(Continuación).

Sin embargo, antes de entrar en casa de Osborne con sus noticias, Dobbin reflexionó que debía crearse relaciones entre los miembros de la familia, y poner al menos en su favor á la parte femenina.

— En el fondo del corazón, se decía, no se incomodarán con lo que ha pasado; ¿qué mujer ha sentido jamás que entre un poco de novela en su casamiento? Llorarán un poco, pero al fin se pondrán de parte del hermano, y entonces seremos tres contra el viejo Osborne.

Nuestro maquiavélico capitán se preguntaba después cómo podría dar la noticia á las señoritas Osborne.

Gracias á un interrogatorio previo que dirigió á su madre sobre el empleo de sus noches, muy luego supo en qué casas podía hallar á las hermanas de Jorge.

A pesar de su horror á los bailes, horror de que son partícipes muchos hombres sensatos, se buscó una invitación para el baile á que debían asistir las señoritas en cuestión, y apenas llegó, las sacó á bailar repetidas veces, las prodigó las mayores atenciones, y tuvo valor hasta para pedir á miss Osborne algunos minutos de conversacion en la mañana del siguiente día.

— Es, la dijo, para comunicaros noticias sumamente importantes.

¿Porqué la señorita se estremeció, miró á Dobbin, y luego bajó al suelo los ojos modestamente? ¿Porqué la demanda la causó tan viva agitacion?

Hé aquí un misterio impenetrable; se sabe únicamente que al otro día, cuando el capitán llegó á Russell-Square, María no estaba en el salón con su hermana, y que miss Wirt salió con pretexto de ir á buscarla.

El capitán y miss Osborne se quedaron solos. Al principio reinó un silencio tan profundo, que se oía muy claro el ruido del reloj colocado sobre la chimenea y que representaba el sacrificio de Ifigenia.

— ¿Qué baile tan hermoso ha sido el de anoche, dijo miss Osborne como para alentar á su interlocutor; ahora sois maestro en el baile, capitán Dobbin; apuesto á que habeis tomado lecciones, añadió con zalamería.

— ¡Ah! quisiera que me viérais bailar una contradanza escocesa con la mayor O'Dowd de nuestro regimiento... ¿Pero quién no bailaría bien, miss Osborne, con vos, que bailáis á las mil maravillas?

— ¿La mujer del mayor es joven y hermosa, capitán? continuó miss Osborne; es cosa terrible casarse con un militar; me sorprende que se pueda bailar en estos tiempos de guerra... Si supiérais cómo tiemblo á menudo al pensar en nuestro querido Jorge y en los peligros de los pobres soldados... ¿Hay muchos oficiales casados en vuestro regimiento?

— Deja ver su juego, pensó miss Wirt.

Esta observacion es un paréntesis, pues no se oyó por el resquicio de la puerta donde aplicaba los ojos la institutriz.

— Uno de nuestros jóvenes oficiales acaba de casarse ahora, dijo Dobbin dirigiéndose á sus fines; eran relaciones antiguas, y los jóvenes son muy pobres.

— ¡Es un matrimonio romántico, capitán!

Esta exclamacion le dió un poco de aliento.

— En todo el ejército inglés hay un oficial mas valeroso y brillante. ¡Y ella!... es una mujer como hay pocas... Estoy seguro de que á primera vista la amarías, miss Osborne.

La joven se creyó á dos dedos del desenlace.

Y la era permitido este pensamiento en presencia de la agitacion nerviosa de Dobbin que se manifestaba en su rostro, y en la inquietud de sus piés y de sus manos.

Miss Osborne supuso que le habia faltado la respiracion al capitán, y que esperaba que sus pulmones se llenaran de aire para hacerle una confidencia completa que ella se preparaba á oír con mucho júbilo.

Principiaron á dar las doce en el reloj del altar de Ifigenia. Cuando cesaron las últimas vibraciones, miss Osborne pensó que era ya la una: tan largos la parecían los minutos que tenían en suspenso su ansiosa curiosidad.

— No quisiera induciros en error.... Se trata de un matrimonio consumado, se trata de Jorge.

— ¡De Jorge! exclamó ella con un tono que excitó la risa de María y de miss Wirt detrás de la puerta; y provocó una sonrisa en los labios del pícaro Dobbin; pues mas de una vez le habia insinuado Jorge que si queria casarse con su hermana no tenia mas que decirlo.

— Sí, de Jorge, prosiguió el capitán; ha reñido con su padre, y yo que le quiero como á un hermano desearia que el enfado se concluyera. Vamos á salir para el extranjero, miss Osborne; mañana quizá nos llegarán las órdenes de embarque; ¿quién se atreveria á responder de las consecuencias de la campaña? Vamos, miss Osborne, es preciso que se reconcilien el padre y el hijo antes de separarse.

Y armándose de valor entró en los detalles de la boda de Jorge, y terminó pidiendo á miss Osborne el permi-

so para visitarla de nuevo; habia estado con ella tan fino y tan amable, que la señorita otorgó la licencia.

Bien persuadido de que las noticias que acababa de dar serian trasladadas antes de cinco minutos á las demás señoras, el capitán Dobbin se retiró haciendo un saludo muy profundo.

Apenas salía de la casa cuando ya miss María y miss Wirt estaban en el salón al lado de miss Jane que las comunicaba los pormenores del caso.

Para ser justos con las dos hermanas debemos decir que no se mostraron encolerizadas. Un matrimonio con raptó agrada siempre á jóvenes solteras, y Amelia habia hecho progresos en la estimacion de las señoritas Osborne por el valor que habia desplegado en aquella circunstancia.

En tanto que hablaban todas á la vez haciendo conjeturas sobre lo que podria decir y hacer el padre de Jorge, el aldabon resonó en la puerta como el martillazo de la venganza, haciendo estremecer á las conspiradoras.

— Ahí está nuestro padre, fué el pensamiento comun. Pero no era él, sino simplemente M. Federico Bullock que llegaba de la Cité para llevar á las señoritas á una exposicion de horticultura.

Pronto le enteraron del secreto; pero al oír la noticia, su rostro experimentó una sorpresa muy diferente de la expresion sentimental que se pintaba en las facciones de las dos hermanas.

M. Bullock, como hombre de negocios y socio de una casa rica, sabia apreciar todo lo que vale y todo lo que puede el dinero; por eso sus ojos brillaron de júbilo al oír aquella revelacion inesperada. Miraba á María sonriendo, y calculaba que por la locura de Jorge representaba para él treinta mil libras mas de lo que habia creído.

— Jane, dijo echando una mirada codiciosa á la hermana mayor, como si la otra no le bastara, vuestro novio se arrancará el cabello por haberos dejado; vuestras acciones han subido treinta mil libras.

Las dos hermanas no habian pensado hasta entonces en la cuestion de dinero; pero Federico Bullock cargó sobre esto con tanta alegría mientras duró el paseo, que poco á poco llegaron á ser para él dos partidos soberbios.

## XXIV.

### EFFECTOS DE LA NOTICIA EN M. OSBORNE.

Después de haber tomado sus precauciones cerca de las dos hermanas, Dobbin corrió á la Cité, donde tenia que proseguir su tarea de mediador en la parte mas escabrosa. La idea de encontrarse frente á frente con el viejo Osborne le aterrorizaba, y mas de una vez pensó en dejar á las jóvenes señoritas el cuidado de revelar al padre inexorable un secreto que su discrecion femenina no les permitia guardar mucho tiempo.

Pero habia prometido contar á Jorge cómo habia recibido su padre la noticia, y marchó pues al escritorio de M. Osborne.

El capitán entró con la conciencia un poco turbada, y con la perspectiva de una conversacion desagradable y borrascosa. Sin embargo, habia anunciado su visita por medio de una esquila.

Atravesó la primera pieza donde estaba M. Chopper, quien señalando con la pluma el despacho de su principal, le dijo:

— Entrad, os espera.

Dobbin abrió la puerta; Osborne se levantó y exclamó dándole un apretón de manos:

— ¿Cómo va esa salud, amigo mío?

A esta acogida franca y amistosa, sintió nuevos remordimientos el embajador de Jorge; su conciencia le gritaba que él era el único culpable en todo lo que acababa de pasar, y tenia razon para sonrojarse y bajar la cabeza.

Osborne se imaginó que Dobbin le traía la sumision de su hijo.

— Dentro de poco vereis unas bodas famosas, decía M. Osborne con un aire de triunfo á M. Chopper, cuando recibió la carta del capitán; y al mismo tiempo removía con los dedos en sus bolsillos las guineas que llevaba confundidas con los chelines.

Cuando Dobbin entró, Osborne reclinándose en su butaca continuó haciendo ruido con sus guineas, y entre tanto el capitán permanecía pálido y silencioso.

— ¡Qué aire de labriego tiene este capitán! pensaba M. Osborne; bien podia mi hijo haberle civilizado un poco.

Dobbin apelando á su valor tomó la palabra exclamando:

— M. Osborne, las noticias que os traigo son de la mas alta gravedad. Nuestro regimiento recibirá la orden de marcha para Bélgica en esta semana; ahora bien, ya sabeis que no volveremos aquí sino después de una batalla que podrá ser fatal para alguno de nosotros.

El rostro del anciano tomó una expresion seria.

— Mi hijo... el regimiento cumplirá con su deber, contestó.

— Los franceses son muchos, continuó Dobbin, y las tropas rusas y austriacas necesitarán mucho tiempo para llegar hasta nosotros; el primer choque le sufriremos solos, y Bonaparte hará que sea terrible.

— ¿Y á qué viene todo esto, capitán? preguntó Osborne frunciendo las cejas; pienso que los franceses no harán temblar á un soldado de los ejércitos británicos, ¿no es verdad?

— Seguramente no; pero he querido deciros que en presencia de los peligros inevitables que nos amenazan, deberiais olvidar todo lo que ha pasado con Jorge y tenderle la mano. Si algo malo le sucediera, sentiriais mucho no haberos despedido de él como un buen padre.

Al decir esto el pobre William Dobbin pasaba por los diferentes matices del encarnado para llegar al color de violeta. No podia olvidar que él tenia la culpa de todo lo sucedido.

— Sois un hombre de buenos sentimientos, le dijo M. Osborne. Jorge y yo no podemos separarnos enfadados, es imposible. He hecho con él todo lo que puede hacer un padre, le he dado cuanto dinero ha querido, y ahora que le propongo un matrimonio soberbio, la primera cosa que le pido, me dice que no... Ya veis que no tengo yo la culpa del enfado; nadie podrá decir que soy un padre egoísta... Pero que venga, le prometió olvido y perdón. En el día ya no puede casarse; sin embargo, se reconciliará con miss Swartz, y después veremos... á su vuelta se realizará la boda, cuando traiga el grado de coronel... porque será coronel, si para ello no se necesita mas que guineas. En fin, os agradezco que le hayais infundido buenos sentimientos... que vuelva pues, y será perdonado. Esta noche hallará su cubierto en la mesa.

Estas palabras afectuosas conmovieron profundamente el corazón de Dobbin. Pero á medida que la conversacion tomaba este carácter de ternura, crecian sus remordimientos.

— Os haceis ilusiones, le dijo; creo y aun puedo afirmaros que Jorge posee un alma demasiado noble para rebajarse hasta el punto de contraer matrimonio por dinero, y además olvidais sus compromisos anteriores.

— ¿Qué decis? interrumpió el anciano con voz iracunda; ¿pensais que mi hijo está tan loco que continúe enamorado de la hija de un estafador?... Supongo que no habeis venido aquí para comunicarme que se quiere casar con ella. ¡Bueno estaria!... ¡Jorge casado con la hija de un mendigo!... Si tiene tales ideas que no me vea nunca... todo eso era una intriga urdida por el bribon del padre.

— M. Sedley ha sido uno de vuestros mejores amigos, exclamó Dobbin hallando propicia la ocasion para encolerizarse. Hubo un tiempo en que sabiais tratarle de otra manera; ¿quién trabajó mas que vos en favor de ese enlace? Jorge no tiene derecho para jugar así á cara ó cruz con...

— ¡Cara ó cruz! repitió el viejo Osborne furioso; son las mismas palabras de mi hijo cuando me quiso dar lecciones. ¿Con que sois vos quien le ha aconsejado esa rebelion?... Mil gracias, capitán; pero habeis de saber que no quiero yo mendigos en mi familia. ¡Casarse con esa mozueta!... ¿No pensais que pueda adquirir sus favores sin eso?

— Caballero, dijo Dobbin sonrojándose de ira, no permitiré á nadie que hable de ese modo en mi presencia.

— ¿Me desafiáis? Entonces voy á llamar para que nos traigan un par de pistolas. Jorge os ha enviado aquí para que insulteis á su padre, añadió Osborne tirando del cordón de la campanilla.

— M. Osborne, dijo Dobbin con voz sofocada, vos sois quien insultais á la criatura mas angelical que existe en el mundo. Deberiais tenerla otras consideraciones; es la esposa de vuestro hijo.

Y dichas estas palabras Dobbin salió, y Osborne lanzó en torno suyo una mirada de tigre.

Un dependiente acudió al ruido de la campanilla, y apenas llegaba Dobbin al pié de la escalera cuando vio correr detrás de él á M. Chopper gritando:

— Por amor de Dios, ¿qué ha sucedido? M. Osborne está rabioso; ¿qué ha hecho su hijo, capitán?

— Se ha casado con miss Sedley hace cinco dias, respondió Dobbin.

El dependiente exclamó con angustia:

— Malo, muy malo, capitán; el padre se mostrará inflexible.

Dobbin después de haber suplicado á Chopper que le informara de todo cuanto supiera en el asunto, se dirigió tristemente hácia su cuartel con esperanzas poco lisonjeras.

A la hora de la comida, la familia de Russell-Square vio aquel día á su jefe sentado en su puesto ordinario; pero la expresion sombría y meditabunda de su rostro impuso un silencio general entre todas las personas.

Las señoritas Osborne y M. Bullock, que estaba convidado, vieron muy luego que el padre de Jorge estaba ya al corriente de lo sucedido. Los criados entraban y salían de puntilla; habriase dicho que habia un difunto en la casa.

Osborne apenas comió, pero en cambio bebió como nunca.

Por último, al fin de la comida, sus ojos se fijaron un momento en el cubierto de Jorge, é hizo una señal con el dedo indicándosele á los criados; sus hijas miraban sin comprender ó sin querer comprender, y los criados tampoco podian explicarse el sentido de aquella orden silenciosa.

— Quitad ese plato, dijo por fin M. Osborne levantándose de repente.

Y dando un puntapié á su silla se encerró en su aposento.

Detrás del comedor se encontraba la pieza que servia de despacho á M. Osborne. Este era el santuario del dueño de la casa; á él se retiraba el domingo por la mañana cuando no queria ir á la iglesia, y en él leia su periódico sentado en su butaca de badana roja.

Dos estantes encerraban algunos libros conocidos, con encuadernacion de cantos dorados. Del 1º de enero al 31 de diciembre ninguna mano profana sacaba los libros

de los estantes. Nadie se habría atrevido á ello por todo el oro del mundo.

A veces el domingo por la noche cuando no había tenido convidados, sacaba de un rincón su Biblia encarnada, llamaba á los criados al comedor, y Osborne, con una voz de vinagre y muy enfática procedía ante la familia reunida allí á la lectura del servicio nocturno.

Sobre la chimenea se elevaba un cuadro de familia que habían trasladado á aquel sitio después de la muerte de mistress Osborne. Los niños estaban representados cuando eran pequeños, y los padres en la juventud.

¡Cuadros así son epigramas al cabo de veinte años!

Quando Osborne se encerró, las personas sentadas á la mesa se vieron libres de un gran peso, y comenzaron á hablar en voz baja. Las señoritas subieron en seguida al piso principal, donde las acompañó M. Bullock andando de puntillas. No había tenido valor para permanecer solo á vaciar las botellas, y sobre todo estando á dos pasos del encierro del viejo.

Una hora había pasado cuando el mayordomo llamó á la puerta del gabinete para entrar el té á M. Osborne, á quien halló sentado en su sillón muy ocupado al parecer en la lectura de su periódico.

Al retirarse el criado, M. Osborne fué á la puerta y echó el cerrojo. Ya no cabía la menor duda; un terror vago que reinaba en la casa hacía presentir una gran catástrofe suspendida sobre la cabeza de Jorge, y próxima á estallar y á herirle con un golpe tremendo.

Uno de los cajones del bufete de caoba de M. Osborne se hallaba consagrado especialmente á los papeles relativos á su hijo. Allí se encontraba todo lo que le concernía desde sus más tiernos años: los premios que había ganado en las escuelas, sus primeras letras, sus primeras cartas, en las que más de una vez figuraba el nombre de su padrino M. Sedley.

Las maldiciones se sucedían en los labios lívidos del viejo Osborne; un resentimiento, un odio implacable atormentaban su corazón cuantas veces descubría ese nombre en sus papeles.

Luego venían las cartas de la India, las cartas de su corresponsal, los periódicos que contenían su nombramiento de teniente; también se hallaba allí un látigo con el cual había jurado Jorge en su niñez, y en un papel había un bucle de sus cabellos que siempre había llevado consigo su madre.

El desgraciado M. Osborne pasó muchas horas contemplando aquellos recuerdos y meditando acerca de lo pasado. Todo estaba allí: vanidades, ambiciones, esperanzas que en otro tiempo hicieron palpar su corazón.

El recuerdo de aquel hijo de predilección se presentaba de mil maneras á su mente. Le veía cuando era niño después de comer arrastrando su silla al lado de su padre para beber su copa con la dignidad de un lord; le veía en Brighton á caballo saltando como el ginele más cumplido, y le veía también cuando fué presentado al príncipe regente; y todos esos sueños, todo ese edificio de grandeza se hundía por su matrimonio con la hija de un hombre que había quebrado, por su deserción ante el deber y la fortuna. ¡Oh vergüenza! ¡Oh desesperación de un alma desgarrada en sus ambiciones!... ¡Qué herida y qué ultraje para la vanidad y las afecciones de un viejo sectario del mundo y de sus pompas!

Después de examinar minuciosamente aquellos papeles, el padre de Jorge reunió todos aquellos objetos, los ató con una cinta que selló con su sello y los encerró en su escritorio. Luego abrió el estante y sacó la Biblia encarnada resplandeciente de dorados, en cuyo frontispicio se veía el sacrificio de Abraham; según el uso M. Osborne había escrito en la primera página las fechas del día de su matrimonio, del nacimiento de su mujer y del nacimiento de sus hijos: Jane estaba la primera, luego seguía Jorge Sedley Osborne, y luego María Francés; también se hallaba indicado el día de su bautismo.

M. Osborne tomó una pluma y borró cuidadosamente el nombre y apellido de Jorge.

Quando la página estuvo seca, volvió á colocar el libro en su puesto. En otro cajón donde guardaba sus papeles personales, tomó otro documento escrito, le leyó, le arrugó en sus manos y le arrojó á la chimenea: era su testamento. Cuando no quedaban de él más que cenizas, se sentó, escribió una carta, llamó á su criado y se la entregó con orden de llevarla á la otra mañana á la persona á quien se dirigía.

Ya había amanecido cuando se metió en la cama.

Deseoso de granjearse amistades entre las personas de la casa de Osborne, Dobbin escribió una carta á M. Chopper convidándole á comer para el día siguiente, con un convite que fué aceptado.

El exterior de M. Osborne cuando llegó al otro día á su escritorio, llenó de sorpresa á todos sus empleados; estaba pálido y desencajado. A las doce llegó M. Higgs, agente de negocios á quien había citado, y fué introducido en el gabinete de Osborne, donde permaneció con este más de una hora.

En el intervalo M. Chopper recibió un billete del capitán Dobbin con una carta para M. Osborne, que al punto le fué entregada.

Un rato después M. Chopper y M. Birch, el segundo dependiente, fueron llamados para firmar.

— Acabo de hacer otro testamento, les dijo M. Osborne.

Sus dos dependientes firmaron como testigos. No se pronunció una sola palabra.

M. Higgs al atravesar la antesala tenía un rostro muy

serio; echó una ojeada á M. Chopper, pero no se desplegaron sus labios.

En lo restante del día M. Osborne se mostró benévolo y afable con mucho asombro de todos: no se incomodó por ninguna cosa, ni profirió ningún juramento.

Dejó su escritorio temprano; pero antes de marchar llamó á su dependiente, y le preguntó, no sin cierta indecisión, si pensaba que estaría en la ciudad el capitán Dobbin.

Chopper dijo que creía que sí; ambos sabían perfectamente á qué atenerse.

Osborne entregó á Chopper una carta para el capitán, suplicándole que se la diera él mismo.

A las dos M. Federico Bullock entró á buscarle y salieron juntos.

El coronel del regimiento de que formaban parte las compañías de Dobbin y de Osborne, era un viejo general imposibilitado de mandar por sus años. Sin embargo, se tomaba mucho interés por el regimiento de que era jefe nominal, y convidaba á comer de cuando en cuando á varios oficiales.

El capitán Dobbin era uno de los privilegiados del viejo general.

Este oficial superior envió á Dobbin una esquila de convite para almorzar el mismo día en que Dobbin convidaba á M. Chopper. Su favorito supo por él con dos días de anticipación que se había dado la orden de marcha.

— De este modo, amigo mío, si teneis que arreglar, dijo el viejo general tomando un polvo con sus dedos descarnados y mostrando el puesto donde su corazón apenas palpitaba ya; si teneis que consolar alguna Filis, si teneis que despediros de papá y mamá y poner en orden vuestro testamento, apresuraos.

Y dicho esto, el general alargó un dedo á su joven amigo, y con su cabeza empolvada le hizo un saludo afectuoso. Luego cuando Dobbin salió y cerró la puerta, el viejo guerrero comenzó á escribir una carta amorosa dirigida á la señorita Amenaída, del teatro de Su Majestad.

Al saber estas noticias Dobbin se quedó apesadumbrado, pues pensaba en sus amigos de Brighton. Se incomodó consigo mismo porque Amelia se presentaba á su pensamiento antes que su padre y su madre, antes que su deber; todo el día, toda la noche había tenido presente su imagen en su ánimo.

Al punto mandó á M. Osborne dos letras informándole de todo lo que pasaba, prometiéndose así una reconciliación entre Jorge y su padre.

Este billete llevado por el mismo mensajero que el día antes se encargó de la esquila de convite para Chopper, alarmó mucho al buen empleado. Creyó que el convite se había ido al agua; pero al contrario, halló que le recomendaban la exactitud.

Chopper estimaba mucho á M. Osborne; pero ¡qué diantre! una buena comida hacía callar en él todas las consideraciones.

Dobbin quiso también escribir á Jorge, pero luego cambió de parecer.

— Dejémosles otra noche de calma y de felicidad; mañana por la mañana iré á ver á mi familia, y después marcharé á Brighton.

Los dos tenientes del regimiento, Stable y Spooner, el capitán y M. Chopper comieron en la misma mesa y en el mismo gabinete.

Chopper entregó á Dobbin una carta de parte de M. Osborne, en la cual este le incluía otra para su hijo, pidiéndole tuviera la bondad de entregársela.

Chopper nada sabía acerca de su contenido. Dió algunas indicaciones sobre el estado actual de M. Osborne, habló de su entrevista con su agente de negocios, de su urbanidad inusitada con todo el mundo, y se perdió en comentarios y en conjeturas.

Por último, cuando fué hora Dobbin hizo entrar á su convidado en un coche de alquiler. M. Chopper estaba muy lejos de encontrarse en su estado normal, y juraba y perjura que era el mejor amigo del capitán Dobbin.

Ya hemos dicho que el capitán al despedirse de miss Osborne la había pedido permiso para presentarse de nuevo. Al otro día esta joven señorita pasó algunas horas esperándole, y Dobbin no pareció. Quizá si hubiera hecho esa visita y en ella la pregunta á que la joven deseaba contestar inmediatamente, quizá entonces miss Jane, empeñándose por su hermano, habría logrado que tuviera efecto la reconciliación deseada.

Pero esperó inútilmente; Dobbin tenía que arreglar sus negocios, tenía que consolar á su familia y que tomar el *Relámpago* para ir á ver á sus amigos de Brighton. Aquella miss Osborne oyó á su padre mandando que se cerrara la puerta al intriguante Dobbin, que se mezclaba en cosas que nada debían importarle.

Estas palabras destruyeron las esperanzas secretas de la joven.

M. Federico Bullock de una exactitud escrupulosa, se mostró muy tierno con María, y prodigó todas sus atenciones al desgraciado padre.

M. Osborne repetía que ya se encontraba más á gusto; pero sin embargo se conocía que no había cesado el tormento que le devoraba.

## XXV.

## DECISIONES EN BRIGHTON.

A su llegada á Brighton, Dobbin fué llevado ante las señoras al hotel de la Marina. Nunca este joven oficial se había mostrado tan complaciente y jocoso; prueba

irrecusable de los grandes progresos que hacía en el arte profundo de una hipócrita diplomacia.

No dejó traslucir la más mínima cosa de los sentimientos que le agitaban, para estudiar mejor á mistress Osborne en su nuevo estado. Tampoco quería que se vislumbraran los recelos y temores que le infundían las noticias fatales de que era portador, y que no habría dejado de producir el peor efecto en Amelia.

— Mi querido Jorge, dijo á este último, opino que el emperador de los franceses va á caer sobre nosotros con todo su peso antes de tres semanas, y que entre el duque y él habrá una danza que no tendrá comparación ni aun con las guerras de la península. Pero es inútil decirselo á mistress Osborne; quién sabe si nosotros estaremos fuera, y entonces nuestro paseo por Bélgica se limitaría á una ocupación militar.

Convínose pues entre los dos amigos que la expedición del ejército inglés se presentaría á los ojos de Amelia con los colores menos alarmantes.

De acuerdo ya los conjurados, el hipócrita Dobbin se adelantó hácia Jorge Osborne con un aire de satisfacción completa; principió dos ó tres felicitaciones sobre las alegrías conyugales, y á pesar de la estimación que profesamos á nuestro amigo, debemos advertir que se enfadó y estuvo muy torpe hablando de esto.

La conversación recayó en seguida sobre Brighton, el aire del mar, los placeres de aquellos lugares, la hermosura del camino, etc.; Amelia abría los ojos; Rebeca se divertía mucho y observaba al capitán como á todas las personas con quienes se hallaba relacionada.

Amelia, digámoslo de paso, no miraba con buenos ojos al amigo de su marido. Era un hombre que tartamudeaba, bonachón, un poco tímido y torpe cual ninguno. Le agradecía su amistad á Jorge, sin darle en ello mucho mérito; ¿cómo la podía sorprender que se quisiera á Jorge, tan bueno, tan generoso? ¿No hacía Jorge muchísimo por su parte concediéndole su amistad?

Más de una vez este último se había divertido con ella en remedar á su amigo; pero sin embargo, hablaba siempre de él con grandes elogios. Amelia, en los días de triunfo de su amor, había mirado con la mayor indiferencia al pobre Dobbin, que sabía muy bien á qué atenerse en este punto, y se hallaba conforme con su suerte. Un tiempo debía llegar en que conociéndole mejor cambiaría de sentimientos con respecto á él, pero este día estaba aun muy lejano.

Apenas había pasado el capitán Dobbin dos horas en la casa, cuando ya Rebeca se hallaba enterada de su secreto. Experimentaba hácia él un sentimiento instintivo de repulsión y de desconfianza secreta, y por su parte Dobbin no la profesaba grandes simpatías. Era hombre demasiado recto y leal para caer en los lazos de la coqueta, y por esta razón la miraba con una aversión muy evidente.

Rebeca, que se había hecho superior á otras flaquezas propias de su sexo, no había sabido libertarse de esas inspiraciones celosas que son un elemento de la naturaleza femenina, y aborrecía al capitán por las preferencias que dispensaba á Amelia.

Sin embargo, á pesar de estos sentimientos interiores, afectaba en su presencia mucha cortesía y consideraciones. ¡Un amigo de los Osborne! ¡De sus queridos bienhechores! Ponderaba mucho su afecto hácia él, y recordaba todos los detalles de la noche del Vauxhall; después se desquitaba.

Rawdon Crawley apenas fijaba su atención en Dobbin; era para él un hombre de buena pasta, y nada más. José tomaba con él un aire protector y majestuoso.

Quando Jorge y Dobbin se encontraron solos en el cuarto de este último, Dobbin sacó la carta que M. Osborne le había remitido para su hijo.

— No es letra de mi padre, exclamó Jorge alarmado. Y tenía razón. La carta era del agente de negocios de M. Osborne, y su contenido era el siguiente:

Bedford-Row 7 de mayo de 1815.

«Muy señórnio: M. Osborne me ha encargado decirlos que continúa firme en sus resoluciones anteriores. De resultas pues del matrimonio que habeis contraído, cesa de consideraros en adelante como miembro de su familia. Su determinación es irrevocable.

Aunque las sumas que se han gastado por vos durante vuestra minoría, y los pagarés que le habeis prodigado en estos últimos tiempos, exceden el total de la cantidad á que teneis derecho, á saber, la tercera parte de la fortuna de la difunta mistress Osborne, fortuna á cuya repartición habeis sido llamado en unión de miss Jane Osborne y de miss María Osborne, M. Osborne me encarga sin embargo os advierta que renuncia á todo reembolso sobre vuestros bienes, y que la suma de 2,000 libras en 4 por 100, valor corriente, que forma la tercera parte de las 6,000 libras que constituyen la fortuna de vuestra madre, os será pagada, mediante recibo, á vos ó á vuestro agente de negocios.

Vuestro servidor. S. Higgs.»

P. D. M. Osborne me suplica os avise por última vez que no recibirá ningún mensaje, ninguna carta ó comunicación de vos sobre este asunto ni sobre ninguna cosa.»

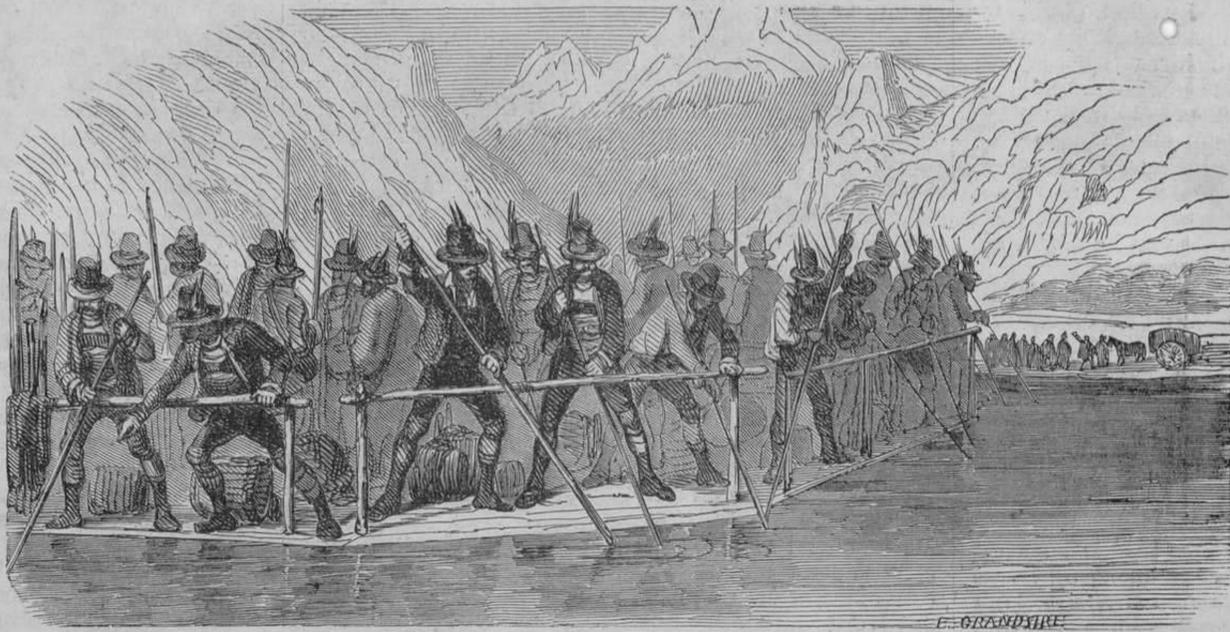
(Se continuará.)

## Recuerdos de cacerías en la Estiria.

La Estiria es una parte del imperio austriaco que debe llamar mucho la atención de todo viajero curioso, ya por sus altas montañas que en nada son inferiores á

las de la Suiza, ya por sus ricos valles, sus gargantas profundas, sus frondosos bosques y sus antiguos castillos, cuyas leyendas han quedado grabadas en la memoria del aldeano estirio, conservador cuidadoso del culto de las tradiciones.

Esa hermosa comarca se divide en dos partes, la alta y la baja Estiria; la parte occidental, que comprende el territorio que se encuentra entre Maria-Zell y Gratz, es montañosa y muy quebrada; la otra, por el contrario, se halla formada por vastas praderas con árboles vigorosos, hermosos pastos animados por muchas cabezas de ganado, y se halla entrecortada de arroyuelos que en sus sinuosidades caprichosas llevan la fertilidad y la abundancia al pié de las colinas ligeramente onduladas que completan el cua-



CACERIAS EN LA ESTIRIA. — LA PESCA ANTES DE LA CAZA CERCA DE MARIA-ZELL.

dro. Fácil es comprender que en ese país debe haber caza abundante y variedad en las especies; desde la codorniz pasajera hasta la gamuza, de todos los animales de caza conocidos en Europa se hallan en la Estiria; hasta el oso se encuentra allí, pero su número es corto por la cruda guerra que le hacen los intrépidos montañeses, que no temen luchar cuerpo á cuerpo con ese temible adversario.

Gracias á sus leyes particulares sobre la caza y á las penas severas que marcan en ciertos casos, la Estiria es el país que encierra sobre todo en el día mayor cantidad de gamuzas, en atención á que las montañas de la Suiza se hallan casi despobladas hoy por la guerra de exterminio que las hace todo hombre que posee una carabina. Si el gobierno suizo



EL ALMUERZO DESPUES DE LA PESCA EN LAS ORILLAS DEL LAGO.

tarda en tomar medidas enérgicas para limitar el derecho de la caza, las montañas de la Helvecia se quedarán despobladas enteramente.

Reglamentadas por leyes conservadoras, las cazas en la Estiria son protegidas á mayor abundamiento por antiguos usos que, reuniendo á los cazadores de un mismo canton únicamente en ciertas épocas determinadas, se oponen á las destrucciones cotidianas y parciales, tan nocivas para la reproducción de la caza.

Todos los años, en el mes de setiembre, los propietarios que tienen derecho para cazar en las montañas próximas á la pequeña poblacion de Maria Zell y su parroquia, organizan una gran cacería que dura muchos dias y que ocasiona regocijos de un aspecto muy pintoresco y original, pues tienen lugar al aire libre en medio de las hermosas montañas de la cordillera de los Alpes estirios.

Una pesca de truchas cuya especie, segun los aficionados, es superior á todas las especies conocidas, sirve ordinariamente de preámbulo á esa cacería y la da un atractivo particular; á la distancia de una hora de Maria Zell se encuentra uno de esos pequeños lagos tan famosos en esa parte del imperio de Austria; los cazadores, dejando la carabina por una vara larga, se colocan en unas balsas improvisadas, se avanzan en una sola línea, y agitando las ondas, obligan á las truchas á huir hácia la orilla opuesta y á caer en unas redes muy grandes que sacan á la arena algunos miles de truchas, de las cuales las mas pequeñas se arrojan de nuevo al lago para fomentar la cria; el resto se destina al almuerzo de los cazadores.

Nada más pintoresco que el aspecto que presenta la reunion de esos cazadores estirios, cuyos vestidos de colores cenicientos y verdes se prestan tan bien, confundiendo con los matices de los abetos y de las rocas, á engañar el ojo inquieto de la gamuza; en suma, el conjunto de ese traje no difiere del de los tiroleses mas que en el sombrero y en las medias llenas de colorines.



CAZADORES EN ACECHO.

Las mesas dispuestas en las márgenes del lago son invadidas muy luego por los cazadores, cuyo buen apetito hace los honores á la comida campestre debida en parte á sus proezas de por la mañana, pues se compone casi únicamente de truchas pescadas por ellos y guisadas con toda clase de salsas, de las cuales la mejor es la del vino que da á la trucha un color azulado y un aspecto muy apetitoso; en esta comida frugal, pero abundante, reina la mayor alegría, sostenida por las frecuentes libaciones de los vinos del país y del champaña, ese nectar cosmopolita.

Los preparativos de la marcha reclaman muy luego la atención de todos; cada cual toma su carabina y su gaban impermeable, y se dirige con el indispensable garrote de punta de hierro hácia la montaña, donde ya los ojeadores enviados en la noche anterior han reunido las gamuzas.

Para no despertar la atención de estos animales, se camina con el mayor silencio por el valle y se llega en fin á la falda de la montaña donde los guardas indican á cada cazador el puesto que le está designado; aquel que por sus años no tiene agilidad para subir cuestras, se coloca en la base, y los jóvenes se escalonan en los declives, cada cual abrigado por un peñasco ó por un tronco de abeto; así, examinando el arma, se espera la señal que dará á la hora convenida el jefe de los ojeadores. Hasta este momento, esperado con tanta impaciencia, nadie puede tirar un tiro, pues en este caso el resultado inevitable seria despertar la caza y anular los efectos de las disposiciones tomadas para dirigir á los animales hácia los cazadores emboscados.

Una vez dada la señal, se oyen á lo lejos los gritos que lanzan los ojeadores para espantar á las gamuzas y hacerlas que corran hácia adelante; á contar de este momento comienza verdaderamente la caza, que presenta un soberbio espectáculo.

Las gamuzas, que por la elevacion de la cumbre de la montaña no pueden distinguirse, anuncian su apro-

ximacion por las piedras que al saltar de un peñasco á otro dejan caer y ruedan hasta los cazadores, advirtiéndolos así que estén alerta; pero á medida que se acerca la voz de los ojeadores, las gamuzas bajan y se muestran.

Se han exagerado mucho los brincos que dan esos animales para atravesar los barrancos; la naturaleza del terreno les permite muy pocas veces desplegar una agilidad extraordinaria; pero lo que sorprende mas aun, es la seguridad con que pasan de una roca á otra, dejándose caer sobre el cuarto trasero, al modo de las cabras con las que tienen mucha semejanza; se detienen á menudo para escuchar haciendo oír un ligero silbido; casi siempre elige el cazador este momento para tirar sobre ellas.

Al primer disparo siguen inmediatamente otros muchos, pues las gamuzas se precipitan en número crecido. Estas detonaciones repetidas por los ecos producen en breve el efecto de un fuego de simulacro. Pero el aspecto de la caza es mucho mas imponente cuando los cazadores apostados en una montaña de enfrente, pueden abrazar el conjunto del espectáculo.

La gamuza muerta se queda donde ha caído, y solo al fin de la cacería, que por lo regular dura cuatro ó cinco horas, las recogen los ojeadores y las cargan á hombros; el número de las víctimas varia segun la destreza y la cantidad de los cazadores, pero no es raro que la partida se componga de mas de cincuenta hombres.

Sucedo á menudo que varios cazadores tienen derechos iguales á la muerte de la misma víctima, pues cada uno de ellos encajó un balazo en el cuerpo del animal, que puede en ese estado correr mucho todavia antes de exhalar el último suspiro. En cambio algunos cazadores tienen la suerte de matar dos gamuzas de un tiro.

Cuando ha cesado el fuego, quedando concluida la caza, cada cazador deja su puesto y va á reunirse con sus compañeros en el valle, donde las gamuzas trasportadas por los ojeadores son abiertas y limpiadas con el cuchillo que todo estirio lleva en su poder, operacion indispensable para su conservacion.

Estas grandes cacerías se terminan con comidas, bailes y regocijos de toda especie.

La parte interior de las montañas encierra ciervos y cabritillos que se cazan siempre con ayuda de los ojeadores, porque los galgos son casi desconocidos en la Estiria. En todo el imperio de Austria, el principe de Tichtenstein es el único que posee una jauría que compró en Inglaterra. Tambien en ciertas partes de las montañas se encuentran la perdiz de nieve y el gallo silvestre.

La perdiz de nieve, que vuela con la rapidez de la paloma, es un poco mas larga en su forma que la per-

díiz ordinaria, se la parece en su plumaje de verano, que además tiene la propiedad de ponerse blanco en el invierno; esta perdiz se caza con perro.

En cuanto al gallo silvestre, para sorprenderle en la parte montañosa mas elevada de las montañas de la Estiria, es preciso que el cazador, que sale antes del amanecer, espere para acercarse á que el animal haga oír su canto matutino, momento en que, con los ojos cerrados y el cuerpo entregado á una agitacion febril, el gallo silvestre no se halla en estado de advertir el peligro que le amenaza; obligado á detenerse en cuanto ha cesado el canto, el cazador prosigue su marcha para detenerse de nuevo, siguiendo así hasta que se halla á distancia conveniente para apuntarle.

La caza en la llanura no ofrece menos atractivos que en la montaña; desde el mes de julio hasta el mes de setiembre, cazan la codorniz y la perdiz con perros ó sin ellos marchando siempre adelante; pero cuando ha llegado el mes de setiembre, principia la batida de las liebres, y de todas las ca-

cerías que se hacen en el imperio de Austria, esta es sin duda alguna la mas sorprendente por la gran cantidad de caza que se presenta al tirador maravillado.

Esta batida, que se hace formando los ojeadores y los cazadores un círculo de la mayor extension posible, está dirigida por un *oberjager* (jefe de guardas) montado; el cual, cuando juzga que todo está bien dispuesto, da la señal de la marcha por medio de un cuernecillo que lleva pendiente del cinturon; entonces cada cual marcha adelante yendo hácia el centro, y estrechando el círculo, se envian reciprocamente las liebres, que salen en tan crecido número que no es raro ver veinte y cinco ó treinta de ellas reunidas en una sola batida. En un dia se hacen diez ó quince batidas, y en las jornadas felices quedan sobre el terreno mas de cien liebres. Cada cazador va acompañado de un hombre que le carga las escopetas, precaucion indispensable para poder tirar á todas las liebres que salen en el lugar de la batida; á mayor abundamiento en Austria hay la costumbre de llevar siempre un par de escopetas.

Además de estas batidas particulares, cada dos años se hace una gran batida á las liebres en las inmensas llanuras de Wiener-Neustadt, pueblo situado á doce leguas de Viena. Como esta caza tiene lugar en las tierras del emperador, forman la partida de cazadores personas de la corte con algunos convidados; la cacería dura muchos dias y suelen matar en ella hasta mil quinientas liebres; pero diremos que el número de ojeadores y cazadores es considerable.

Si la caza en la Estiria presenta notables diferencias con las que tienen lugar en otros paises, al menos el cazador estirio tiene un punto de semejanza con todos los cazadores del mundo, la charlatanería; nada hay mas divertido que oírle contar sus proezas. G.



EL REGRESO DE LA CAZA.



CAZADORES EN EL MONTE.



LA BATIDA CIRCULAR EN LA LLANURA.

## Las Aguedas.

Es notorio que hubo en la antigüedad un pueblo de mujeres guerreras llamadas amazonas, que no admitían hombre alguno en su compañía; que para poder manejar el arco, arma arrojada muy principal en aquel tiempo, con la misma desenvoltura y agilidad que los varones, se hacían cortar en la niñez el pecho derecho; y que como únicas gobernadoras de su república, ellas eran las encargadas de velar por la independencia de la patria y el libre mantenimiento de sus derechos.

También es notorio á todos los pueblos de la cristiandad, que entre los terribles tormentos que con varonil esfuerzo padeció Santa Agueda por no querer abjurar de la religión del Crucificado, que había abrazado con santo ardimiento, no fué el menos cruel el de sufrir que le atenacearan y arrancaran los pechos; y que por el heroico valor con que soportó tan crueles dolores, le dedica la Iglesia el día de su festividad rezos, consagrados solamente á los santos.

¿Tendrán alguna relación estas dos cosas con la costumbre que se sigue en algunos pueblos de España de entregarse las mujeres el día de Santa Agueda á una porción de excesos, usurpando hasta cierto punto las atribuciones de los hombres? Lo ignoro; y aunque he tratado de investigar el origen de una práctica tan singular, nada he conseguido. Pero como cualquiera que haya sido la causa primera de este abuso, ha tenido lugar en mis días, y subsiste aun, aunque no tan exagerado como en otro tiempo; he creído que su descripción merecía un lugar muy distinguido en esta colección, y le he consagrado un artículo particular.

Era el amanecer del día 3 de febrero de 1830, cuando un repique general de campanas anunció á los pacíficos habitantes de la culta Salamanca que era llegado el día de *Las Aguedas*. La ciudad de las cien torres echaba repentinamente al vuelo sus mil y una lenguas de metal, rompiendo bruscamente el sepulcral silencio en que yacía sumergida desde que en el esquilon de San Martín había vibrado la última campanada de la Queda (1). Pero aquel universal arrebató tenía tanto de torpe ó irregular, que revelaba fácilmente la inexperta mano que le producía.

En efecto: infinitas turbas de mujeres se habían reunido en cada barrio de la población, y poseídas de una especie de vértigo revolucionario, habían cogido por asalto las llaves de la iglesia del poder de los sacristanes, subido á las torres y levantado aquel horrible somaten, que presagiaba los desórdenes que habían de tener lugar aquel día. Aterradora diana con que aquel ejército de desastradas amazonas daba principio á su efímero reinado, demostrando con tan elocuente testimonio lo que sería la sociedad entregada á la dirección de aquellas haraposas bacantes.

— Hoy mandamos nosotras; decían á gritos por las calles mientras iban llamando á las puertas de las nuevas reclutas, que incorporándose á los grupos engrosaban prodigiosamente las turbulentas masas.

— ¡Al redemonio! decía otra dejando al tolerante esposo todo el cargo de la administración doméstica.

— ¡Pascasia! gritaba á su mujer un voluntario realista asomado por un ventanillo, con su obligada gorra de cuartel encasquetada sobre el pañuelo que traía liado á la cabeza; mira lo que haces, no me endispogas con el tiniente.

— ¡Vivan las Aguedas! exclamaba por toda respuesta la mujer, especie de furia que capitaneaba aquel peloton de viragines, llevando enhiesto un pan de dos libras en la punta de un sable de infantería, prenda patriótica del armamento de su marido, que en aquel día se había dejado usurpar el fuero.

Cualquiera que por primera vez hubiera visto aquel aluvion femenino arrastrando en su tumultuosa carrera todo lo mas abyecto de la población, se hubiera creído trasladado á los sangrientos días de la revolución francesa.

Asquerosamente disfrazadas, las unas con pedazos de pellejo ó con ruedos de esparto; otras adornadas con papeles recortados y cascarrones de huevo; esta con un destrozado guitarrillo en las manos; aquella con la cara tiznada haciendo gestos y contorsiones, y todas en continua y semi-selvática algazara, recorrían las calles sin rumbo ni objeto, como si fuese llegada la hora del Apocalipsis.

— ¡A la plaza! dijo una voz que salió del grupo de la Pascasia.

— ¡A la plaza! ¡á la plaza! repitieron en coro todas las que seguían á aquella furia.

— A la tienda de Boni que nos dé el aguardiente.

— ¿Y si no quiere dárlo? repuso una deteniéndose como quien espera una respuesta conocida.

— Si no quiere dárlo, contestó una casi anciana poniendo las manos en la cintura y los pies en tercera; probe dél.

— ¡Y de la vaca de su mujer! añadió la Pascasia.

— Y del frasco de melocotones que tiene en vino sobre el mostrador, dijo la semi-vieja sacudiendo la cabeza y acomodando tras de la oreja los largos mechones de espesas canas que le caían sobre los hombros.

(1) Por los años de 1830, todas las noches (á las nueve en invierno y á las diez en verano), se tocaba en Salamanca por disposición gubernativa un toque particular en la iglesia de San Martín que se conocía con el nombre de la *Queda*. Después de este toque, no era permitido salir á la calle sin llevar luz y sin un motivo grave, como el de haber un enfermo ú otro imprevisto equivalente.

La puerta del licorista estaba cerrada todavía; pero esto no era causa de desafuero para las altivas Aguedas. Por lo mismo que su reinado había de concluir con el último rayo de aquel sol que empezaba entonces á despuntar en el horizonte, era preciso no desperdiciar un momento en aquel día de desorden tradicional, que el rigor de las instituciones no había osado sin embargo restringir.

El postigo del almacén se abrió á pocos instantes, y el prudente italiano, aleccionado por la experiencia de otros años, dió con aparente buen humor sendos vasos del refinado á la sedienta comparsa, que entre unos cuantos tacos del pan de la Pascasia los trasegaron al estómago con la mas estóica filosofía.

Ya iban á desalojar la tienda, cuando un cabo del resguardo que había estado aquella noche de rondin, viendo abierto tan de mañana el santuario de Baco, quiso echar la sosiega para entregarse con mas dulzura en los brazos de Morfeo.

¡Desventurado! lo mismo fué asomar por la puerta, que sin respetar la pequeña escarapela encarnada que se ostentaba sobre la plegada funda de hule que cubría su sombrero de copa alta, le echaron mano, y mientras una le hacia tomar una copa y las otras le pedían algo para *Las Aguedas*, la Pascasia poco satisfecha de sus excusas le registraba los bolsillos con una resolución admirable.

— Vamos, cabo Arranques, decía la mas vieja con una sonrisa falsa; suelte Vd. algo para las Aguedas.

— ¡Anda! le decía al mismo tiempo la Pascasia con una saña insaciable. ¡Cigüeño de los demonios! (1) yo te haré pagar hoy los registros de todo el año. ¿Te acuerdas, perro, del día que me pillastes en la pesquera de Santa Marta y me sacastes la bota que llevaba escondida?

— Pero ya ves, repuso Arranques masticando un trozo de tabaco, según costumbre que había adquirido en el Norte cuando militó á las órdenes del marqués de la Romana; ya ves que yo soy un criado de la ríal Hacienda y tengo que perseguir á los enfraudadores de ella.

— Lo que tú eres, es un gran borrachon que ni siquiera me quisiste devolver la colambre... una peseta... y... tres cuartos, añadió sacando todo lo que el infeliz llevaba en el bolsillo de su chaleco de pana.

— Para los buñuelos, dijo una.

— Sí, sí, para los buñuelos, dijeron las otras; y salieron en tropel á la calle llevándose el dinero sin oír las protestas de Arranques, que de puro coraje dejó caer al suelo el pedazo de tabaco que tenía en la boca.

— ¿Pero ha visto Vd. qué bribonas? exclamó volviéndose al pacífico italiano que limpiaba tranquilamente las migajas que habían quedado en el mostrador.

— ¿E que volete, amico? Sono costumbro ei Spaña... pacenza é rire!

Entre tanto el grupo de las Aguedas cada vez mas nutrido, llegó al puesto de los buñuelos.

En medio de la plaza y al rededor de una hoguera, se hallaban en dulce coloquio tres personajes: la buñolera, mujer como de unos cuarenta años, gruesa y frescachona, que armada de mandil y mangas de lienzo colocaba sobre el fuego una gran caldera de aceite y daba la última mano á la dispuesta masa. Un loco, antiguo cirujano á quien la muerte de su mujer había trastornado el juicio y que pasaba las noches cantando al son de una pandereta á la puerta de la iglesia donde estaba enterrada (2); y un pigmeo, amante furibundo de la buñolera, conocido por el Enano de Santo Tomás.

El loco, llamado Próspero el bolero, cansado de cantar toda la noche, tenía la costumbre de pasar la madrugada al calor de la confortante hoguera; y en cuanto al enano, excusado es decir que su ocupación era la de ayudar á su amada en el oficio, atizando el fuego y avivando la amorosa llama que hacia tiempo había logrado encender en el tierno corazón de la buñolera.

Pepillo, que este era el nombre del enano, era muy grueso de cuerpo y bastante feo, pero era poblado de barba y tenía unos brazos y unas piernas tan bien hechas, que parecía un hombre regular mirado por el fondo de un vaso. Su talla total sería de tres pies, y su edad como de cuarenta y cuatro años; pero tenía tal empeño en disimular su falta, que siempre llevaba un enormísimo sombrero de copa alta un poquito inclinado sobre la oreja.

— Don José, mucho madruga Vd.; dijo la primera de las Aguedas al llegar; y dándole con el puño en la copa del sombrero se lo encajó hasta el cuello.

Poco preparado don José para este incidente, y careciendo de base sólida en que sostenerse, cayó de espaldas y luchó largo rato por sacarse el sombrero, que á no impedirlo los hombros, se le hubiera metido hasta las rodillas.

— ¡Vaya, mujer! ¿te parece esta una buena acción? dijo enojada la buñolera incorporando á su diminuto amante y ayudándole á salir del sombrero.

Furioso el pigmeo con la humillación que á los ojos de su querida acabada de experimentar, cogió un tizon de la hoguera, y aplicándole al ruedo de esparto con

(1) Llamán allí Cigüeños á los que meten en la ciudad vino sin pagar derechos, escondido debajo de los vestidos. Contrabandistas de poca importancia como puede suponer el lector.

(2) En aquella época no había todavía cementerio en Salamanca, y los cadáveres se enterraban en las parroquias respectivas.

que iba vestida su imprudente agresora, le hubiera hecho pagar cara la travesura á no haber acudido á apagar el incendio sus compañeras.

Repuesta del susto la Muerte, que así se llamaba aquella especie de arpía, acometió de nuevo al bueno de don José, y á muy poca costa le bajó los pantalones y con un zapato le dió mas de diez azotes, antes que la buñolera y hasta el mismo don Próspero pudieran quitárselo de las manos.

Pero estos eran ya excesos de mayor cuantía; don José pedía justicia y ponía al bolero por testigo, llamándole para que le acompañase ante la autoridad.

— Que vaya, que vaya, poco importa; decía la Pascasia levantando el cable y colocándose al frente de la insubordinada hueste.

— También iremos nosotras; añadió la Muerte, y veremos quién habla mas alto.

En efecto; detrás del enano y el bolero marchaban en tropel y dando gritos aquellas temibles furias, que en breves instantes llegaron á la casa del Ayuntamiento.

Aunque era muy temprano, la sala de justicia estaba ya abierta, dejándose oír dentro de ella gran bullicio y animación. Otra horda de Aguedas había ganado por asalto las llaves del consistorio y tomado posesión del mando con público menosprecio de la legítima autoridad, que cediendo á la tradicional costumbre, consentía de buen grado aquellos excesos, poniendo especial cuidado en no presentarse aquel día para no exponer su privilegio á las inconsideraciones de aquella chusma soez.

Cuando nuestro pigmeo, quitándose con ambas manos su descomunal sombrero, se halló en la sala de justicia frente á aquel tribunal de Proserpina, su primer impulso fué retroceder, bien persuadido de que en aquel día sería imposible obtener reparación; pero sus furibundas enemigas, que iban detrás de él, cambiando la ira en satisfacción al apercebirse del chasco, cogieron de nuevo á mi don José, y levantándolo en el aire por los brazos, como niño que no quiere ir á la escuela, lo pusieron mal de su grado de patitas sobre la mesa de la presidencia.

Don José se puso el sombrero para dejar libres las manos, y entonces la Bata, que hacia de autoridad, dando sobre el provocativo sombrero un formidable cachete que resonó en todos los ángulos del consistorio, volvió á repetir sin saberlo el insulto de que precisamente venía á quejarse.

— ¡Baul!... ¡baul!... ¡arca madre!... ¡maleta!... gritaron todas á una vez, aludiendo á la magnitud y forma del sombrero.

— Vamos, dijo el pigmeo cuando pudo volver á ver la luz del día y echándolo todo á broma; estaos quietas y dejadme.

El infeliz se sonreía con una amargura que causaba compasión.

— ¿Qué traéis á este tribunal? dijo la Bata recostando su despeluzada cabeza sobre el respaldo del sillón.

— Traemos esta araña que ha osado tentar á nuestros privilegios; contestó la Pascasia dando un golpe en la mesa con el puño del sable de su marido.

— ¡Es mentira!

— ¡Es verdad! ¡es verdad! decían todas ahogando con sus gritos las protestas del enano.

— ¡Silencio! gente ausoluta y desencomunada! ¡legítimas hijas de Barrabás y de los felisteos! dijo la Bata sacudiendo sobre el auditorio dos vejigas que tenía atadas á la punta de un palo y que dejó descansar sobre el hombro á manera de cetro.

— La verdad yo la diré; prosiguió el acobardado pigmeo.

— ¡Calla tú también, grillito Perez! repuso la presidenta dándole con las vejigas en el sombrero, á cuyo ruido soltaron todas la carcajada: yo doy mi sentencia; y digo, que ya que está aquí don Próspero con su pandereta, cante unas boleras y baile este resalao con la mejor moza y de mas resandunga que haiga en la sala.

— Eso sí que no, dijo la Pascasia; que baile él solo en la mesa.

— ¡En la mesa! ¡en la mesa!

Y el bolero sacudiendo la pandereta, entonó una alegre seguidilla, que el enano bailó sobre la mesa á las mil maravillas.

— ¡Perdonao! ¡perdonao! dijo la presidenta: y después añadió con tono de autoridad: y ahora, hijos míos, ya estais aquí de mas. Yo os conjuro en nombre del rey nuestro señor, y apuntaba con el palo á un retrato del último monarca, á que marchéis por donde habeis venido y Dios os asista, que hay muchas justicias que hacer y no da el día para tanto.

¡Cosa rara! á la órden de la presidenta desaparecieron todas de la sala sin la menor dilación. El enano y el bolero marcharon juntos, y el grupo de la Pascasia imponente ya con las que se iban agregando, marchó por una calle larga y tortuosa que conducía á la universidad.

Durante esta larga travesía no encontraron hombre á quien no hiciesen soltar algún dinero, si quiso salir sano de sus uñas; pero cuando llegaron á las puertas de aquel edificio, la cosa cambió de aspecto.

Numerosos estudiantes las esperaban impacientes y deseosos de dar rienda suelta á su proverbial buen humor. Aquel negro bosque de manteos y sombreros tricórnios se abrió en dos literas formando calle, y una pareja de los mas autorizados por su descarada osadía salió á recibir las sombreros en mano y capa terciada, como si hubieran sido nombrados para esta comision.

— ¡Oh, señora! exclamó uno de ellos dirigiéndose á la Pascasia con una reverentísima cortesía: los paupérrimos hijos de Minerva saludan á la sordida tropa con el entusiasmo mas horripilante. ¡Civitatís fecit!

— Y vosotras, prosiguió el otro compañero en ademán de arenga: deidades nauseabundas de quienes los mas famosos poetas no tendrán nunca nada que decir, más adelante. Mancillad con vuestra planta impúdica nuestro templo sagrado, y que no haya de hoy mas lugar alguno reservado á tan esclarecidas meretrices.

— ¡Bendito sea tu pico de oro, resalao! contestó entusiasmada la Pascasia, convirtiendo en laudatoria la insultante alocucion que acababa de oír.

— ¿Y qué sabes tú lo que nos ha dicho? repuso una: ¿piensas que toas han sido alabanzas? Pues yo no intiendo, pero...

— Yo tampoco, repuso la Pascasia: pero, mujer, dí la verdad, ¿no te da gusto el oírlos?

— ¡Miste ahora! ¡ya lo creo! á toas nos gusta lo güeno.

— Nuestros compañeros, prosiguió el primero de los estudiantes, os conducirán hasta los aposentos mas cérrulos; os manifestarán los misterios mas recónditos, y os explicarán los hiperbólicos secretos que mas se ocultan. *Et rejicerunt vobis postea dicentes: meretrices, meretrices, meretrices!* y se inclinó ante la Pascasia, retirándose despues á un lado para dejar franco el paso á la diabólica falange.

Con la impetuosidad del torrente que se precipita en las profundas simas de una catarata, se lanzó dentro de la universidad aquella legion del averno; pero los estudiantes en vez de seguir tras ellas, cerraron repentinamente las puertas del edificio, dejándolas solas y burlando con esta jugada estratégica los desatentados planes de tan soez canalla.

Al verse solas dentro de aquel silencioso recinto y frente á los retratos reales y mitológicas alegorías que decoran las severas galerías del claustro; al ver todas las cátedras cerradas todavía, así como la iglesia, la biblioteca y todas las demás entradas interiores, nuestras valientes heroínas tuvieron miedo.

— ¡Huí! ¡qué demonio tan feo! dijo la vieja de las greñas canas apuntando á un retrato de Carlos II; ¡parece que le han chupao las brujas!

— ¿Y qué bichos serán estos? decía otra medio asustada señalando un cuadro que representaba los signos del zodiaco.

— ¡Qué se yo, mujer! algún alma en pena de estos rabinos, que todos tienen pauto con los diablos.

— ¿Sabeis lo que digo? interrumpió la Muerte que empezaba á temer alguna travesura de los estudiantes: que nos marchemos de aquí cuantitas antes si no queremos quedar encantás toitas por secula seculorum.

Un general y prolongado grito de espanto fué la contestación de aquellas bacantes tan valerosas, que se lanzaron á la carrera fuera del edificio por otra puerta que habia abierta al lado opuesto de la que habian cerrado los estudiantes.

— ¿Y á dónde vamos? preguntó al llegar al grupo la que se habia quedado mas rezagada.

— ¿Adónde? al río.

— Pues al río, dijeron todas; y volviendo á emprender su marcha devastadora, desaparecieron por la tortuosa y pendiente calle de Tentenecio.

Pero una triste consideracion me obliga á suspender un momento mi relato.

La calle que acabo de nombrar va á desembocar en una puerta de la poblacion, que por estar situada frente al Tórnes se le ha llamado la Puerta del Río. Por esta misma puerta hacia veinte siglos que el pueblo salmantino, conquistado por los cartagineses á las órdenes del grande Anibal, habia salido desarmado segun las leyes de la capitulacion. Pero las mujeres al abandonar sus hogares, sacaron ocultas bajo sus vestidos las espadas de sus esposos, y cuando sus codiciosos enemigos se entregaban al saqueo de la ciudad, los salmantinos armados por sus mujeres entraron de nuevo y degollaron en sus mismas casas á los cartagineses, que ocupados con el botín no tuvieron manos para defenderse.

¡Qué diferencia entre las gentiles adoradoras del Hércules Líbico y las repugnantes nietas de Doña María la Brava!

A los pocos minutos el femenino ejército habia plantado sus reales en la extensa ribera del Tórnes, donde siguió entregado á sus espoliadores instintos hasta las tres de la tarde.

A esta hora el grupo de la Pascasia, cuya particular historia es mi solo objeto, se retiró á su barrio, donde á espensas de los fondos, productos de sus rapiñas, se habian comprado tres gallos, que para fin de fiesta debian correrse con toda pompa y solemnidad.

Desde la ventana donde habiamos visto por la mañana asomado al voluntario realista, hasta otra que á igual altura se hallaba en la opuesta acera de la calle, habia atravesada una cuerda. En el medio de esta cuerda y atado á ella por ambas patas, revoloteaba un gallo, esperando el triste momento de estirar el gáñote al dulce halago de las amigas de la Pascasia.

El marido de esta, á quien ya conocemos y que se habia guardado muy bien de abandonar la casa, se asomó á la ventana, con su gorra de cuartel por supuesto, teniendo en brazos al niño pequeño que lloraba sin consuelo.

Daba principio la corrida de gallos.

Como la fina hebra se desprende del enmarañado copo sin que este al parecer disminuya, así empezaron á desfilar del grupo una por una las alegres Aguedas, formando un prolongado cordón que iba pasando por

debajo de la cuerda donde se hallaba el gallo. Cada una que pasaba alargaba cuanto podía la mano para alcanzarlo, ya saltando ó ya haciendo la chiquita para levantarse de repente y asegurar mejor la presa. Pero no era permitido á ninguna detenerse bajo la cuerda, ni pasar mas veces por ella que las que le tocara por turno general.

El objeto de esta fiesta era adjudicar el gallo á la que tuviese la fortuna de arrancarle de un tiron la cabeza.

A una de las ventanas donde estaba atada la cuerda se hallaba la directora, por decirlo así, de aquel bárbaro juego, que tirando del cabo mas ó menos segun la altura de las que iban pasando, trataba de hacer durar la fiesta todo lo posible.

Cuando alguna lograba hacer presa, la de la ventana descolgaba el mutilado animal, lo entregaba á la vencedora y ponía otro en su lugar.

Iban dos víctimas sacrificadas y solo faltaba la última que agitaba ya las alas en la fatídica cuerda. La Pascasia no habia logrado siquiera tocar la pluma de ninguna de ellas, y era casi un desaire á su carácter de capitana no lucirse en aquella especie de certámen olímpico. En efecto, viendo que una y otra vez pasaba por debajo de la cuerda sin conseguir su objeto, sacó de repente su sable y sacudió tan furibundo golpe al inocente gallo, que cayó al suelo dejando en la cuerda las cortadas patas.

Aunque ilegal, la suerte se aplaudió como buena, y la Pascasia fué declarada acreedora al último gallo, que en union con los dos anteriores, fueron incontinenti puestos en pepitoria.

El banquete se celebró en casa de la que anduvo á tizonazos con el enano. Hubo en él mucho vino, y todo se costeó á espensas de los que como Arranques habian sido saqueados de grado ó por fuerza. La concurrencia fué numerosa, pues las independientes Aguedas, no sabiendo ya qué hacer de tanta libertad, convidaron á sus maridos, á quienes instintivamente cedieron por completo la presidencia.

JUAN CUESTA.

### Las ferias de Madrid.

Si en vez de un apunte privado para mis Memorias, escribiera yo hoy un artículo de costumbres, sé bien que mi obligacion seria describir y enumerar con mas ó menos viveza y exactitud el aluvion de harapos y muebles viejos que inunda en este instante las calles y plazas de la metrópoli: emplearia las mas chillonas tintas de mi paleta en presentar el crudo y desabrido contraste que ofrecen por do quiera, bibliotecas, silleras, pajereras, kepis, solideos, condecoraciones, ropas que sobrevivieron á sus dueños, mesas y camas póstumas, — que tantas dichas y tantas miserias pudieran contar, — armas arrancadas de la convulsa mano del patriota moribundo, monetarios descabados que representan una vida monomaniaca, retratos de grandes hombres que ya no existen, ni tan siquiera en el templo de la inmortalidad, toda esa testamentaria, en fin, que la muerte ó la pobreza sacan á pública subasta durante el equinoccio de setiembre, — cabalmente en los mismos dias en que el Océano arroja sobre las arenas de sus playas los restos de los buques naufragos; — formas, fechas, colores, armonias, disonancias, historias secretas, todo lo averiguaria ó imaginaria; todo lo diria á mis lectores, con sus pelos y señales, trazando cuadros, ora de Wilkie, ora de Teniers, ya históricos, ya de género, resucitando generaciones, reuniendo familias desbandadas, evocando costumbres y sentimientos que modificaron los años, y esparciendo, por último, sobre tan grotesco y multiforme panorama aquel tinte de melancolía que embellece todo lo pasado, incluso los ministerios mas odiosos...

Pero yo no soy escritor de costumbres, á Dios gracias, ni tengo el feo vicio de contar en los papeles públicos lo que todo el mundo sabe de vistas ó de oídas: yo soy un honrado habitante de Madrid que gusta de pasearse á solas por donde le lleva el viento, y de consignar en un diario sus propias impresiones. — En las ferias hay este año las mismas cosas que el año anterior; las variantes y variaciones estarán en mi modo de verlas. Recordaré pues mis reflexiones de esta mañana, y habré escrito algo nuevo bajo el sol.

Como caen de los árboles las hojas secas para abonar la tierra con su pálido ropaje y cooperar al florecimiento de la primavera futura, así las mercancías de las ferias, — descarte anual del madroño que campea en las armas de Madrid, — se desprenden de las bohardillas y hasta de los cuartos principales de la corte (impelidas por aquel mismo viento de la caída de la pámpana, que arranca á los tísicos de sus alcobas y los lleva al Campo Santo) y se convierten en moviliarios llamantes para casas de huéspedes ó en ajuares de media tijera para matrimonios nuevos. — Tal es la ley universal de lo criado.

Yo he visto, — y doloroso era verlo, — hacer el inventario de un soltero, menor de treinta años, mantenedor de la buena causa en el Prado y en los salones, alejado de su familia y de su aldea, y muerto repentinamente al salir de un baile de máscaras. Era una mañana de invierno, y á la pálida luz de un dia de nieve, manos profanas revolvan pañuelos bordados y cuellos de casa de Dubost, guardapelos y cartas de distintas letras y tamaños, algunos napoleones y cuatro ó cinco retratos,

uno de ellos conocido, — lo que costó la honra á una mujer, — los demás de buenas gentes de provincia, — quizás padres y hermanos, — y uno, en fin, del difunto, sacado cuando era niño y dirigia sus pasos al templo de Minerva. Flores marchitas, fechas misteriosas, nombres adorados, reliquias venerandas, el libro predilecto, el afeite malicioso, el *pagaré* que le quitaba el sueño algunas noches, los versos que se empeñó en hacer y no supo. Todo pasó ante nuestros ojos como los capítulos de una novela, ó como los números atrasados de un periódico...

Diríase que íbamos descubriendo con un escalpelo, fibra por fibra, todos los senos de un corazón todavía caliente. Uno rompía lo peligroso, otro apartaba lo útil; esto se destinaba á su familia; aquello á la sola, á la triste, á la desconsolada amante; el dinero se dió á la parroquia para el entierro, y se convirtió al dia siguiente en pan, legumbres y chocolate; la ropa fué á la aldea en busca del hermano menor, á quien con el tiempo valió una conquista; tal pariente deseó un libro, tal amigo una *acuarela*, fulano la petaca, mengano la pluma y el sello... Y se lloró, se habló, se rió, se terminó el acto, se enterró al jóven, que nada sabia de lo que pasaba, y llegó la primavera al poco tiempo, y la naturaleza no se dió por entendida de la muerte de nuestro amigo.

He engastado esta escena en el presente artículo (como Meyerbeer intercala en una pieza musical *motivos* que recuerdan otra escena), á fin de que dé á mis incoherentes pensamientos el aire melancólico que conviene á un estudio sobre las ferias de Madrid. Es un *ritornello* fúnebre que armoniza perfectamente con el asunto y que predispone el ánimo á la piedad y á la meditación.

Ni los puestos de frutas que cambian de domicilio en estos dias, ni las tiendas de juguetes que se salen al arroyo, ni la muchedumbre de niñas en estado de mercader que circula de acá para allá, son suficientes á quitar al mortuorio mercado del otoño su aspecto repugnante y desconsolador. Quédanse para otros pueblos las ferias animadas y bulliciosas en que corre el dinero, y se desborda la alegría, y todos se arrancan una cana; en que se ven tantos bailes como mostradores, tantos cuadros de costumbres como familias de mercaderes, tantas comilonas como compras, ventas y cambios; en que el uno acude con la serrana de negros ojos y terciado pañolón; el otro con la yegua vistosamente enjaezada; todos de lujo y de fiesta, todos con un cinto lleno de oro, dispuestos á beber y reñir, á jugar y á dejar sin corazón á una docena de mujeres; quédanse, sí, para otros pueblos las ferias en que se vende lo nuevo, lo desconocido en todo el año, lo agradable, lo supérfluo, lo útil, lo imprescindible; la yunta, el caballo, el cerdo, la loza, la ropa de invierno, el abrigo de la cama, los cuadros del estrado, los pendientes, el collar, la sortija, los cubiertos de plata: ferias deseadas, temidas, festejadas, memorables, que hacen época en la vida, que marcan el plazo de los casamientos, que terminan el ajuste de los criados, que señalan, por último, el fin de los dias de huelga, de alegría y de reposo que sucedieron á la cosecha, y el principio del recogimiento, del trabajo, de la vida nueva, del arreglo de las casas, del invierno, para decirlo de una vez.

Las ferias de Madrid son todo lo contrario. ¡Do quiera que se vuelven los ojos no se ve sino tristeza, miseria, dolor, profanaciones, olvido! — Las librerías reunidas con mil afanes por el hombre estudioso; los libros con dedicatoria; los retratos de familia; los muebles consagrados por el uso; el medallón que ya fué tumba; el abanico que agitó la virgen; el reclinatorio en que rezó la desposada la noche de novios; el baston de alcalde, tan respetado y temido en tal ó cual alboroto; la charretera que saludaron tantos soldados; el sable que acometió tan altas empresas; el sofá que oyó una conversacion de amores; el pupitre sobre que se escribió una grande obra; el caballete en que estuvo colgado un renombrado lienzo; el anillo nupcial; lo que legó un moribundo á un vivo; lo que un vivo consagró á un muerto; la pistola que empleó el suicida; lo querido; lo venerado; lo íntimo; lo consuetudinario; lo familiar: todo lo que es la vida, todo lo que abarca el alma: lo que se regó con llanto, lo que se tiñó con sangre, lo que calentó nuestro cuerpo, lo que se empapó con el sudor de nuestra frente, nuestro pasado, nuestra historia, nuestro ser, nosotros mismos en venta... Esa es la feria de Madrid.

Así es que cuando recorro ahora las plazas de la corte parece que voy por un cementerio, y que cada objeto es una tumba; ó que he dado con mis huesos en el valle de Josafat y asisto á la gran cita de los pecadores, en que cada uno se presenta con su historia á la espalda, descalzo de pié y pierna, no sabiendo quién lo rematará á su favor, si Dios para adornar su gloria ó el diablo para *ilustrar* su infierno.

Y pareceme tambien que los muebles se animan, gesticulan y hablan, y oigo apóstrofes sangrientos y horrosos sarcasmos y verdades como puños.

El catre de tijera que sale al encuentro del ministro, le dice irónicamente: — ¿Me conoces? Yo te dormí en mi regazo mucho tiempo... ¿Porqué me abandonaste?

La prenda empeñada y no redimida acusa de ingrato al calavera que sacó de un apuro y de quien no mereció luego igual merced. El uniforme de miliciano de 1836 se rie al ver pasar al neo-católico de 1837.

Las sillas de Vitoria que asistieron á la boda de un banquero cuando era aguador, ó sea maestro de baile, hablan pestes de las butacas en que se sienta ahora. El becerro de oro finge no conocerlas y aprieta el paso. Y

las sillas de Vitoria se quedan diciendo, como si lo oyera:  
— Anda... anda. ¡ La verdad es que ahora no eres tan feliz como cuando te sentabas en nuestras rodillas!  
La pobre arca vieja que guardó todos los secretos y miserias del aristócrata improvisado, se queja amargamente del abandono en que la dejó, y al verle cruzar

siempre pura y hermosa; pero tú me abandonaste por otros espejos más dorados, que marchitaron tu pureza y hermosura... — Hoy te desprecio y me horrorizo de mirarte.

Allí una cama de matrimonio se interpone entre un caballero que lleva del brazo a una señora, y le pregunta á él por su primera esposa, á quien juró no olvidar.

En un lado da voces un palanganero de pino, diciendo:

— Aquel es mi amo. — Yo le hacía la *toilette* cuando era escribiente... ¡ Desde el día que me dejó no ha vuelto á cantar al tiempo de lavarse!

En otro las cómodas des-cerrajadas tiran de la levita á los ladrones desconocidos.

La palmatoria que presencié los ensueños del poeta le hace guiños, como trayéndole á la memoria los instintos sublimes de su adolescencia. Pero el poeta es diputado á Cortes y pasa de largo.

Alfombras, cuadros, tinteros, cepillos, tenazas, confidentes, lavabos, atriles, muletas, baules... ¡ todos saben algo, todos reconocen á alguna persona, todos representan una ingratitud, una injusticia, una decepción, una desgracia, un escándalo, una ruina! — ¡ Y todos dicen muy principalmente aquella gran verdad de que Madrid es una casa de huéspedes, de que en él no hay familia, ni hogar, ni casa, ni recuerdos, ni veneración, ni tradición, ni costumbre, ni *religion* en el sentido lato de la palabra!

Tratad superficialmente vuestros muebles, — yo os

lo aconsejo, — no toméis cariño ni á vuestra cama, ni á vuestro sillón, ni á vuestro escritorio; no intimiséis con el sofá ni con la sillería; no contéis vuestros pesares al espejo; no selleis con vuestra sangre ningún bronce, no derrameis lágrimas sobre ningún mármol, no ameis nada en Madrid... nada... Entiéndase siempre que ha-

blo de objetos inanimados.) Saludad á la ligera la *por-tière* y la *coartina*, la taza en que tomáis el té y el vaso en que bebéis el agua, la chimenea que os *conforta* y el baño que os refresca, el cajón en que teneis los papeles y la caja de palo santo en que depositáis la ceniza que se os va cayendo del corazón... Sed finos y corteses con



LAS FERIAS DE MADRID. — CACHARRERO VALENCIANO.



LAS FERIAS DE MADRID. — ARAGONES VENDIENDO MELOCOTONES.

en busca de un libro de heráldica, le sopla al oído estas palabras aterradoras:

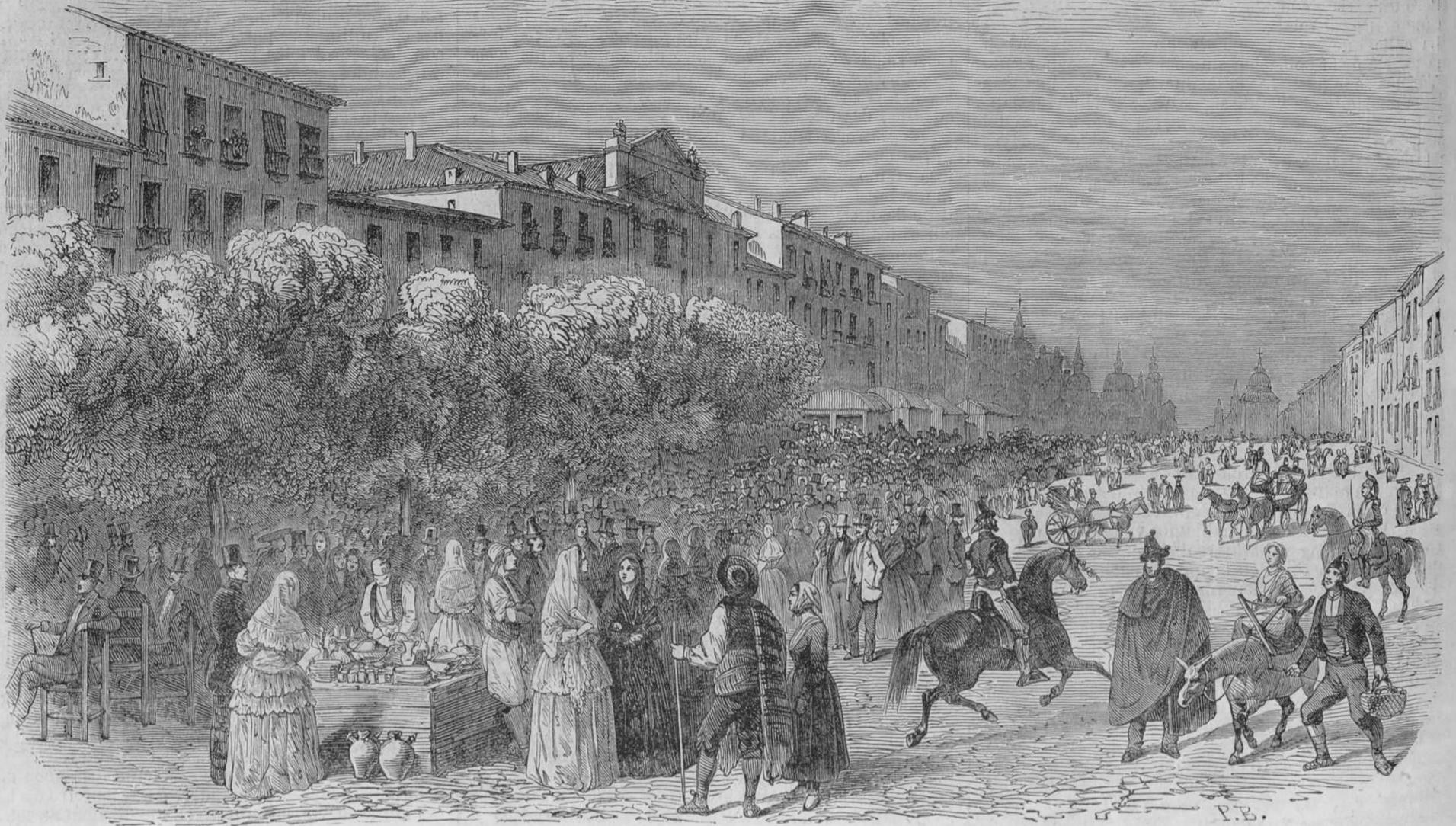
— ¡ Que lo digo!...

Aquí un espejo reconoce á su dueña primitiva que ya es vieja y fea, y le dice con ferocidad:

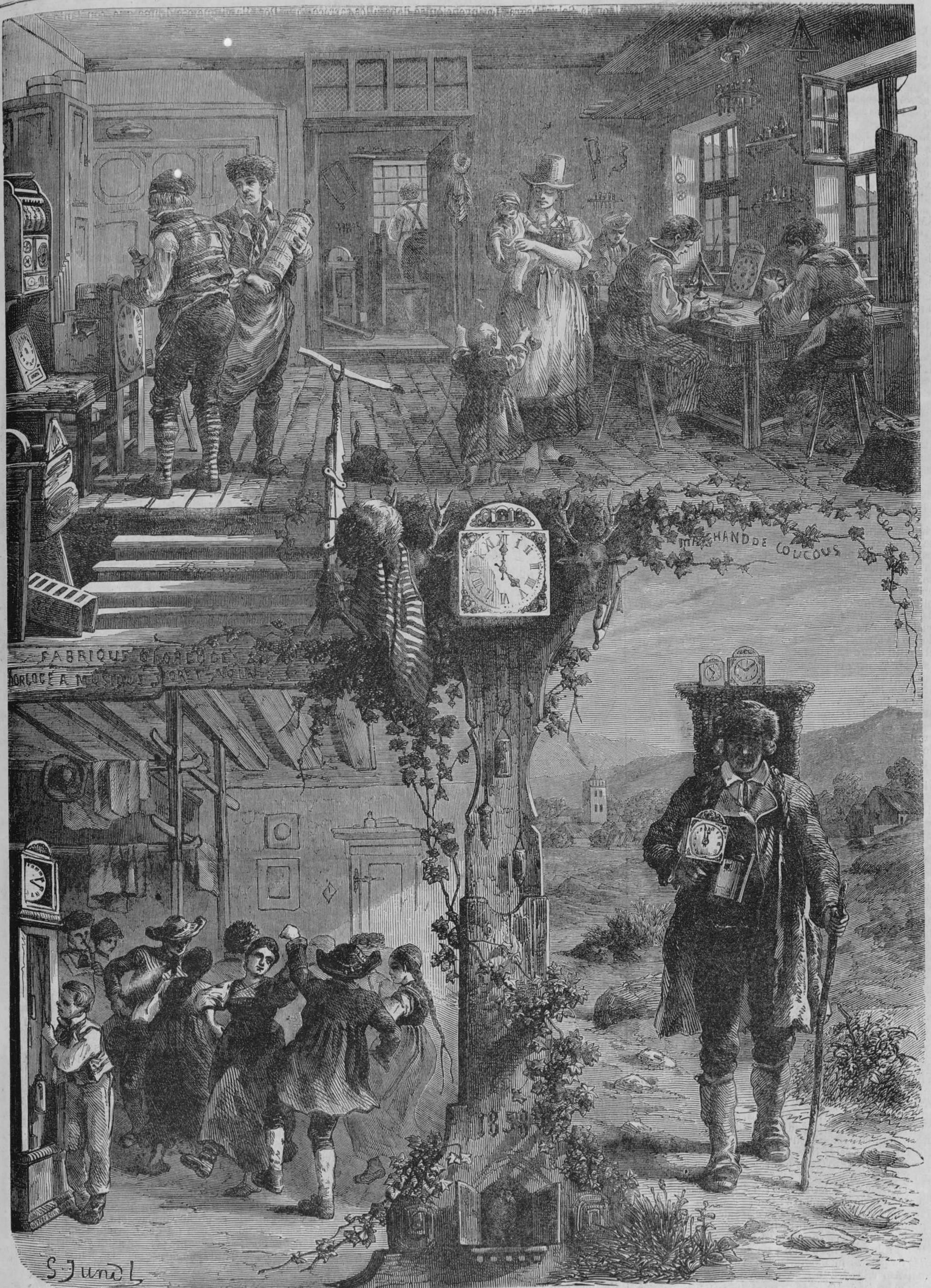
— ¡ Ya me quisieras ahora! ¡ Infame! Yo te encontré

el estuco y el cerezo, el hierro y el oro, el alcornoque y el cristal, ó temed, si les tomáis cariño, encontrarlos de venta en las ferias del año venidero.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.



VISTA DE LA CALLE DE ALCALA EN MADRID DURANTE LAS FERIAS



EXPOSICION DE LOS PRODUCTOS DE LA INDUSTRIA DE LA SELVA NEGRA.

## Exposicion de la industria de la Selva Negra.

El 22 de agosto se abrió en Villingen (ducado de Baden) una exposicion de los productos de la industria de la Selva Negra. Corre por el mundo la preocupacion de que la Selva Negra es una comarca árida, pelada, cubierta de peñascos y entrecortada de negros precipicios; todo esto se debe sin duda á su nombre. Es cierto que se ha traducido muy literalmente *Schwarzwald* por Selva Negra; pero este nombre proviene de los montes sombríos de abetos que coronan sus cumbres y la dan una verdura eterna. Nada hay mas verde que la Selva Negra, nada mas risueño que los valles de Kinzig y de Mourg, y nada mas sencillo y honrado que el carácter de los habitantes de esas hermosas montañas.

Al saber en Baden que se abría en Villingen la susodicha exposicion, resolví explorar esa comarca tan calumniada por los alemanes.

Salí el 21 por el ferro carril y llegué á comer á Offenburg, que es un bonito pueblecillo cuyo concejo ha tenido la feliz idea de erigir una estatua de mármol á Francis Drake, el importador de la patata en Europa.

Al salir de Offenburg se deja á la izquierda el castillo de Ortenberg, levantado de sus ruinas por un señor ruso, y se llega en breve á Gengenbach donde se pasa por la orilla izquierda del Kinzig. El camino corre paralelamente al rio que rueda sus aguas sobre los peñascos de que está sembrado su cauce. Por ambos lados se ven altos montes de abetos, con casas rústicas diseminadas en la márgen del rio y en las alturas.

En cada revuelta del camino se descubre un nuevo paisaje; las decoraciones son las mismas, pero se hallan dispuestas de un modo distinto. Se pasan las bonitas aldeas de Kaslach, de Hansách, de Hornberg, y se llega á Triberg, aldea compuesta de una sola calle á cuya extremidad se distingue una hermosa cascada que por diez saltos sucesivos cae sobre unas rocas en medio de un grupo de abetos.

La gran industria de Triberg consiste en la fabricacion de sombreros de paja. Hombres, mujeres y niños se hallan sentados en el umbral de sus chozas fejiendo paja. En estas montañas se conserva escrupulosamente la originalidad del traje; los aldeanos llevan el sombrero de alas anchas, el leviton del siglo XVII, el chaleco encarnado, el calzon de terciopelo y los zapatos con hebillas. Las mujeres basquiña corta ceñida sobre las caderas. Dos largas trenzas de pelo adornadas de cinta cuelgan sobre sus espaldas; llevan un sombrero redondo de forma alta y de paja amarilla; algunas gastan el fieltro negro bajo de forma.

Desde Triberg el pais se hace mas silvestre, las montañas se estrechan, el camino continúa subiendo. Despues de haber atravesado una pequeña garganta se para en Furtwangen, pueblo de 2,000 habitantes, célebre por ser el centro de la fabricacion de relojes de madera y de organillos. Hace dos ó tres años el gobierno gran ducal estableció allí una escuela de relojería á fin de que los obreros de la Selva Negra pudiesen familiarizarse con los progresos de la ciencia.

Por último, se atraviesa Voshrenbach y se entra en Villingen, lugar de la exposicion y objeto del viaje.

Villingen es un pueblo muy antiguo que en otro tiempo estuvo fortificado; sus casas de madera con recortes singulares son todas muy antiguas y sus calles están mal empedradas y peor alumbradas.

El 22 de agosto á las once de la mañana la comision de la exposicion y los comités especiales de las diferentes localidades de la Selva Negra fueron á buscar á las autoridades á la casa de ayuntamiento. De allí el cortejo formado por los gremios industriales con sus banderas y precedidos de una música militar, se dirigió al antiguo convento de benedictinos, lugar donde debia efectuarse la exposicion. Un coro de hombres, ejecutado por las sociedades corales, dió principio á la ceremonia. Luego hubo discursos, y por último se declaró abierta la exposicion.

El edificio forma con la iglesia tres alas, y los objetos expuestos ocupan los cuatro pisos.

Me seria difícil dar una descripcion completa de todo lo que he visto; lo que sí haré es consignar aquí bien esta primera ocasion de mostrar los productos de su trabajo. Parece imposible que en esas montañas que carecen de comunicaciones, y en esas pobres chozas enterradas en la nieve durante el invierno, se puedan crear tantos productos útiles: ejes, bandas de ruedas de fundicion, campanillas, alambres, objetos de cristal, muebles de lujo, jaulas de pájaros, jarrones, ladrillos, sedas teñidas, manteles, mantas, papel pintado, bordados, productos químicos, etc., etc. Hablaré únicamente de las industrias especiales de la Selva Negra, que consisten en la fabricacion de sombreros de paja y relojes de pared, de madera y con pesas.

La fabricacion de los sombreros de paja es la mas antigua de las de la comarca; allí se confeccionan sombreros de todas formas con toda clase de paja. En estos últimos tiempos se han principiado á fabricar los *panamá*s, y mas de un elegante parisiense ha comprado muy caro un sombrero hecho con paja de la Selva Negra. Las obras de paja se mandan á todas partes; á Rusia, España, América y aun á la India. En la exposicion se veian todas las clases de sombreros que se fabrican desde los mas finos hasta los mas ordinarios.

Los relojes con ruedas y pesas no han sido inventados

en la Selva Negra. La invencion se debe á los sarracenos; el sultan Saladino regaló uno de estos relojes al emperador Federico II. Estos relojes se multiplicaron en el siglo XIV, y aun se encuentran algunos en las catedrales de Bolonia, de Estrasburgo, de Courtray y de Spira. Hasta el siglo XVII no penetró esta industria en la Selva Negra, pero al instante tomó un gran desarrollo; cada choza se hizo un taller, y cada aldeano un relojero. En nuestros dias se mandan anualmente 180,000 relojes de madera á Europa y á América, y este comercio produce mas de un millon de francos.

Tambien las mujeres manejan la lima y el cincel. Estos buenos aldeanos no bajan casi nunca de las montañas, no conocen los placeres de las ciudades, y su único recreo consiste en bailar el domingo á los sonidos de la música del reló. La *danza del gallo* constituye una de las originalidades de la Selva Negra. Cuelgan del techo á cierta altura un vaso lleno de agua; despues de dar algunas vueltas de wals el bailarín y la bailarina van á colocarse debajo del vaso de agua. La jóven se baja, abre sus dos manos, y el jóven pone encima sus dos piés y se mantiene derecho é inmóvil. Entonces la robusta muchacha le levanta y trata de subirle bastante alto para que toque con la cabeza al vaso y derrame el agua. El premio de la victoria es un gallo.

El comercio de relojes se hace en grande y en pequeño. Los pequeños industriales venden ellos mismos sus mercancías por las aldeas.

En la exposicion de Villingen se ven relojes de madera de todas las clases. La escuela gubernamental de Furtwangen ha expuesto una coleccion de doce piezas que dan el estado cronológico del perfeccionamiento de esta industria desde su origen.

Para concluir diré dos palabras de la maravilla de la exposicion, de los instrumentos de música llamados *orquestones*.

Los hay de todos tamaños; el mayor tiene seis metros de alto sobre tres metros de ancho, y uno y medio de profundidad, y pesa cuarenta quintales. Representa el trabajo de muchos años de un maestro y de muchos obreros. Vale veinte y cinco mil florines, ó sean unos diez mil pesos fuertes. Por los cristales de la fachada se ven centenares de ruedas, de cilindros, manubrios, clavijas y palancas. Por dentro se encuentra un enorme tambor, con triángulos é instrumentos de madera y hojalata, desde el silbato de una pulgada de largo hasta la trompeta de seis piés. Invitado por el fabricante apreté un boton de cobre ingeniosamente disimulado entre los ornatos; al punto el monstruo se anima, se agitan centenares de dedos metálicos, y resuenan sonidos admirables. Primero era como un gemido lastimero, luego el ruido lejano de la tempestad, y por último el estampido del trueno. Este instrumento inerte súbitamente animado, ejecutaba la sintonía de *Guillermo Tell*, de Rossini, con la fuerza y el vigor de una orquesta de veinte á treinta músicos.

Contento con lo que habia visto y admirado, salí de Villingen y volví á Friburgo, pasando por Donaueschingen, Loffingen, Neustadt y el valle del Infierno.

P. R.

## La mujer.

DEL PRESTIGIO QUE EL AMOR EJERCE EN LAS MUJERES.

### I.

El amor es el sentimiento que mas exclusivamente ocupa el corazón de la mujer, y por tanto, el que mas poder y dominio tiene sobre ella, sea cualesquiera su educacion y carácter.

La mujer nace amando y amando muere; jamás llega para ella esa época de desencanto que fatiga al hombre mas ó menos tarde: rara vez, aunque la acosen por do quiera las decepciones, rara vez se hace positiva y materialista.

Hanme contado de algunas mujeres, que son tiernas esposas y excelentes madres, que en otros dias vivieron en el fango del vicio, de donde las sacó la mano caritativa y tierna de los que luego han sido sus esposos: de una, sobre todo, me refirieron una aventura que me hizo calificarla de un monstruo de egoismo: no obstante, el trato, aunque poco íntimo, que despues tuve con ella, me convenció de que mi opinion era, cuando menos, equivocada.

Difícil hubiera sido hallar una mujer de trato mas dulce, ni de sentimientos mas tiernos y generosos: confundíame yo en mil diversas conjeturas, pues cuando la veia, un irresistible impulso me inclinaba á amarla; mas no bien me apartaba de su lado aquella amarga historia venia á mi mente con odiosos colores y me hacia avergonzarse de mi misma inclinacion.

Un dia me atreví por fin á preguntarla por su vida pasada.

— Mi querida María, me contestó, no me atreveria á confiar á Vd. mi pasado, si en vez de ser esposa ya, fuese Vd. solamente hija de familia; pero su estado me anima á complacerla y cuento además con su indulgencia y bondad. Esta noche despues que haya acostado á mis hijos referiré á Vd. mi historia.

Esperé impaciente la hora en que debia ir á casa de Emilia, que este es su nombre, y así que nos quedamos solas, me refirió toda su vida con la mas sincera franqueza.

Por ella ví que ese drama que con tanto placer admiramos en el teatro francés con el título de *La Dame aux Camélias*, en el Príncipe con el de *Redencion!* y en el Real con el de *La Traviata*, no es tan raro como se cree: la hermosa Emilia fué redimida por un hombre bastante generoso y amante para hacer aquella obra de sublime caridad.

Dentro de un año daré á la prensa la historia de Emilia, autorizada por ella y por su esposo: por ella se convencerán cuantos la lean de que el amor cambia enteramente el carácter de la mujer, siempre que su corazón no esté pervertido.

Craso y lamentable error es el creer que la mujer no ama en su vida mas que una sola vez, así como en muchos casos es una verdad innegable en el hombre: en efecto, el hombre tiene una edad de ilusiones y de confianza en que entrega su corazón henchido de toda la pasión que se puede contener en él: luego el desencanto, el cálculo, los cuidados de la familia y la ambicion apagan ese sentimiento, ó le templan de tal modo que llega á ser en su vida la parte mas secundaria.

¡Pero la mujer!... la mujer ve toda su dicha pasada, presente y futura en el amor: encerrada en los estrechos límites del hogar doméstico, cada dia consagra algunas horas á meditar en sus recuerdos y en sus esperanzas, siempre emanadas y pendientes del amor.

### II.

Apenas abre la mujer los ojos á la luz ama ya la figura de sus padres, que ve vagamente ante sus ojos. Pocos dias despues ama su voz y conoce y anhela sus caricias entre todas las que recibe.

El amor ciego y exclusivo á su madre crece con ella; y aunque han existido algunas mujeres que han despreciado y aborrecido á las que las dieron el ser, se ha visto siempre que durante su infancia las han amado con la mayor ternura y la mas decidida preferencia.

A los tres años, sin dejar de amar á su madre, ama la niña á su muñeca. Pero ¡con qué abnegacion tan amante! Por su muñeca se despoja de la pañoleta, aunque tenga frio; la acuesta en su lecho; parte con ella cuantas golosinas la dan; la pasea; la hace bailar; la mece en sus brazos, y la profesa en miniatura un afecto verdaderamente maternal.

Este amor dura en toda su fuerza hasta los ocho años: entonces empieza á halagar la vista de la niña su vestido de seda, su pantalon bordado, y su sombrero de castor en invierno y de paja en verano; desea que la pongan brazaletes, que la ricen el pelo y que perfumen con agua de olor su diminuto pañuelo.

La niña empieza á tener amigas, y entre ellas distingue á una con mayor cariño que á las demás; y ya no es sola la muñeca quien la ocupa; ¡quizás la pobre muñeca queda olvidada muchas veces por la amiga, y esta adquiere el derecho de zarandearla si así se le antoja: yo me acuerdo de que tenia un gran pesar cada vez que una de mis primas y mi mejor amiga maltrataba á una gran muñeca que mi buena mamá me habia comprado en Madrid; pero el cariño que me inspiraba mi prima ahogaba, ó mejor dicho, dominaba al que yo profesaba á mi muñeca y callaba por no incomodar á la primerá, desquitándome, cuando me quedaba sola, en acariciar á la segunda, á semejanza de una madre demasiado débil para contener los arrebatos de un esposo que maltrata á sus hijos.

Amando á sus padres, á su muñeca, al lujo y á sus amigas, llega la mujer á los doce años; entonces nace en su pecho una vaga necesidad de amar á alguna otra cosa que no conoce todavía: pierde el sueño, ya norie con las francas carcajadas de la niñez, y algunas jóvenes pierden á esta edad el apetito y el color.

Hay algunos padres tan imprudentes que enseñan á sus hijas desde sus primeros años á que llamen *su novio* al niño de un amigo ó de un vecino: estos amores en miniatura les divierten grandemente y fomentan y provocan entre los niños, como dice Eugenio Sue, escenas de celos, de cariño y de rivalidad.

Pero estos juegos, inmorales siempre, dan no pocas veces funestos resultados: las inocentes novias pierden desde muy temprano el pudor innato en la mujer y el decoro que es el mejor adorno de su sexo.

La mujer debe sentir el amor antes de adivinarlo, y necesita ofrecer un corazón puro á aquel cuyo cariño ambicione: las niñas criadas así, pocas veces se tornan melancólicas á los doce años: el amor en teoria es un manjar de que su paladar está hastiado ya, y á esta edad suelen mantener amores y correspondencia con el vecino de enfrente, ó con el primito á quien daba el título de *novio* cuando apenas sabia andar.

Estas niñas son despues las que hacen alarde de un egoísta y desenvuelto coquetismo, y las mismas que los hombres buscan para divertirse, pero de las cuales huyen con horror para casarse.

Nada hay mas odioso que el coquetismo en la mujer: este sentimiento es tan distinto de la coqueteria, como el orgullo lo es de la vanidad, aunque la generalidad los confunde en uno mismo. El coquetismo, así como la vanidad, son siempre perjudiciales y se hacen aborrecibles, al paso que la coqueteria bien entendida es agradable y tan conveniente como el orgullo, cuando se le dirige bien.

Pero el coquetismo y la vanidad requieren ser tratados con mas detencion, y no pueden por lo tanto ocupar una parte secundaria en este artículo.

## III.

Segun la organizacion de la mujer, á los trece años ama ya: hay naturalezas entusiastas y apasionadas que necesitan querer para dar salida al raudal de ternura que rebosa en ellas.

¡Oh! ¡cuán necesaria es en esta peligrosa edad una buena y sólida educacion! ¡Cuán precioso que la mujer, al llegar á los umbrales de la juventud, conserve íntegro y puro el sentimiento de su propia dignidad!

Las criaturas á quienes Dios dó generosamente de esas bellas organizaciones, sienten al animarse su co-razon, que su devocion y su amor al Criador acrecen: razón, que su oracion mas fervorosa que la que se escapa de los labios de una jóven adolescente, ni mas rica en pureza y sentimiento.

El corazon de una madre salta de alegría al sentirse abrazar por su hermosa niña y al oír su voz vibrante de ternura que la dice al oído:

— ¡Cuánto te quiero, mamá mia!  
Este grito de ternura resuena hasta lo íntimo de las entrañas de una buena madre, porque las buenas madres leen en el corazon de sus hijas y ven con orgullo que la primera expansion del afecto que lo va llenando es para ella.

La mujer á esta edad se vuelve mas amante: ama á las flores, al sol, á las aves; ama á la música, á sus libros; y siempre que lee ó la refieren una accion generosa, se llenan de lágrimas sus ojos, y siente un íntimo é indecible placer cuando puede socorrer á un desgraciado.

¡Hermosa y risueña adolescencia, tú eres la edad mas dihsa de la vida! Rodeada de doradas ilusiones, ¡solo ves la existencia á través de un rosado prisma! Tus dolores son pasajeros como tus lágrimas, porque al secarse estas se olvidan aquellos, antes de que hayan hecho mella en el corazon!

En esa edad, la mujer ama por fin á un ser ideal que se forja ella misma, eligiendo entre los mas hermosos héroes de sus libros: si se dirigen con tino sus lecturas, y lee solamente lo que debe, ama al amante de *Dalinda*, al hijo de *Palemon* ó al *Pablo* de *Bernardino* de *Saint-Pierre*; si no ama al *Vizconde de Bragelonne*, á *Franz* ó á *José Balsamo*.

Pero llega un dia en que un hombre suspira á su oído palabras de amor: si es jóven y gallardo desbanca al amante imaginario, porque la niña encuentra en él el encanto de la vida y de la palabra, y le adorna además con todas las perfecciones del amante de sus libros.

Este es el primer amor de la mujer. ¡Oh! ¡y cuán lleno está de fe, de ternura y de esperanzas! Todos los defectos del carácter de la mujer, todo el egoismo que pueda abrigar su alma, toda la irascibilidad de su carácter los extirpa su primer amor, á la manera que los rayos espléndidos del sol barren las nieblas del cielo: este cariño es de todos los instantes, de todas las horas; este cariño ocupa su vida entera.

¡Feliz aquella que une su suerte á la del primer hombre á quien amó! ¡Feliz la que entrega su mano al primer hombre que hizo latir su corazon! ¡Su alma conserva siempre las creencias mas puras y su corazon todas las ilusiones de la niñez! ¡Esas mujeres son las que conservan á los treinta años la cándida serenidad de sus frentes, la riqueza y el hermoso matiz de sus rizos y el límpido brillo de sus ojos! La dilatada juventud de sus rostros es el reflejo de la perenne juventud de sus corazones.

Esas mujeres son las que con mas fervor pueden decir cada noche elevando al cielo sus ojos y sus manos:

— Yo te bendigo, ¡oh Dios mio! y te doy gracias por tu infinita bondad!

## IV.

El primer amor de la mujer es casi siempre vendido por el hombre: sucede unas veces que esta entra en cuentas consigo mismo y reflexiona que puede hacer un casamiento mucho mas ventajoso, y se lanza en pos de él en alas de su ambicion: otras piensa el hombre que su posicion no le permite casarse por espacio de algunos años y que no debe hacer perder tiempo á la jóven que le ama, y en alas de la honradez revela sus ideas á sus padres y se retira sin dar á la pobre enamorada ni una razon ni un pretexto siquiera que justifique ó disculpe su conducta.

No será yo quien vitupere este modo de proceder: en mi concepto, es mas honrado el hombre que obra de esta manera que los que pasan años y años entretenidos en sus amores para no casarse al fin: entre estos hay algunos que tienen la esperanza de que la mujer, á quien dicen que aman, se aburra y les dé dimisorias ella misma.

Sea como quiera, la mujer ve perdido casi siempre su primer amor: ve destruidas sus esperanzas y derribado el edificio de su felicidad.

Entonces la mujer se divide en dos seres distintos, segun su carácter y educacion: si es tierna, sensible y tiene sólidos principios de virtud, llora durante mucho tiempo y pierde la mejor parte de su belleza devorada por la pena.

Si su organizacion es vulgar, si es vana y egoista, se consuela fácilmente y se vuelve coqueta haciendo pagar á los demás hombres el desengaño de su primer amor.

De estas últimas mujeres muchas se quedan solteras para toda su vida, porque ya dije mas arriba que los hombres las buscan para divertirse, pero huyen de ellas para hacerlas las compañeras de su vida y las madres de sus hijos.

De todos modos la mujer es constantemente la víctima del hombre: él marchita y engaña su amor primero: él fomenta con sus homenajes el coquetismo que provocó con su abandono; y él la impone el último castigo haciéndola pasar una existencia triste y solitaria y condenándola á una vejez sin afectos, sin cuidados y sin familia.

No siempre, sin embargo, es este un orden general de sucesos: mujeres hay que desde su adolescencia son coquetas é inconsecuentes; que no saben sentir ni comprender una pasion; que sus cabezas están tan vacías que solo aman á sus trajes, á sus adornos y á su espejo, y que por todo esto son desdeñadas para esposas; pero de semejantes faltas tiene la culpa casi siempre su educacion, y las desdichadas son víctimas de ella, sin que las quede ni el consuelo de quejarse ni el derecho de ser compadecidas.

## V.

Llega por fin una época en que la mujer desengañada se enlaza con un hombre que, ignorante de su primer amor, ó compadecido de su desengaño, ó enamorado de su coquetismo (esto sucede tambien algunas veces) la ofrece con su mano un nombre honrado.

Entonces nace en el alma de la mujer, sea cualquiera su carácter ó su educacion, un sentimiento de gratitud por aquel hombre que la hace depositaria de su dicha y de su honor.

¡Sí! Yo lo asiento como una verdad incontestable: por poca sensibilidad que se albergue en el corazon de la mujer, la gratitud, ya que no el cariño, llena su alma hácia aquel que la da una representacion honrosa en la sociedad.

Si es vanidosa y amante del lujo, le agradece que la proporcione la ocasion de lucir sus galas y su elegante casa.

Si es dulce y amante, le agradece que la dé su ternura y su corazon.

En muchas esta gratitud basta para hacerlas amantes, porque el cariño se apodera insensiblemente de las almas agradecidas.

En otras el cariño nace con la maternidad.

Pero sea cualquiera su origen, este amor tranquilo, suave, dulce como la corriente de un arroyo, es el mas verdadero y durable en el corazon de la mujer.

Cariño sin pasion, pero tiernísimo, porque tiene por base el reconocimiento.

Cariño cuyo influjo bienhechor purifica el alma como un crisol.

La mujer ve en su esposo á su padre, á su amigo y á su amante.

Casi todas dejamos nuestras amistades de solteras desde que nos casamos.

Este cariño, sin embargo, no llega jamás al corazon de algunas mujeres, porque sus corazones son piedras heladas é insensibles.

Pero sea cualquiera el carácter, inclinaciones y sensibilidad de la mujer, de su marido depende, una vez casada, que sea de grado ó por fuerza lo que debe ser.

## VI.

Es una verdad innegable que la mujer recibe su segunda educacion de su esposo.

Una jóven de diez y ocho años no puede tener al casarse ideas fijas ni aun formado su carácter, y muchas mujeres que se enlazan de treinta, lo tienen tan pueril como una niña de diez y seis.

De mí sé decir que mi carácter era tan indeciso cuando me reuní con mi esposo que no merecia siquiera el nombre de tal.

La acertada direccion del hombre á quien uní mi destino, el conocimiento de mis deberes y el amor que le profesó han cambiado totalmente mis ideas y han obrado en mí una reaccion completa.

Apoyada en la experiencia, repito pues que la felicidad del hogar doméstico depende en primer lugar de la direccion del esposo en el carácter de su esposa, y despues de la buena índole de esta.

Casi siempre las faltas de la esposa son ocasionadas por las del esposo: la mujer se deja dominar por el despecho, y es peligroso faltarle al decoro y dignidad que se le debe.

Hay tambien casos y no pocos en que un hombre de bien se ve ultrajado por una esposa, indigna madre de sus hijos.

En estos casos la debilidad del hombre es despreciable á mis ojos y todo su rigor me parece justo.

Mujeres conozco yo que cifran toda su virtud y todos los elementos de felicidad conyugal en ser fieles á sus esposos; pero que al mismo tiempo se creen autorizadas para ser soberbias, déspotas, iracundas; que malgastan ó derrochan imprudentemente en lujo los

haberes de sus pobres maridos; que son murmuradoras, presumidas, y que en su vida tocan una labor ni hacen otra cosa que lucir la mantilla por las calles.

Y si su madre ó sus hermanas se atreven á reconvenirlas dulcemente, contestan con arrogancia:

— Estoy en mi derecho haciendo cuanto me acomode; para eso soy fiel á mi marido, al paso que otras muchas no lo son y tienen por qué callar.

Y los pacientes maridos de estas mujeres sufren por temor ó creen realmente que no tienen estas mas obligacion que cumplir que la de ser fieles.

¡Ah! Pobres mujeres, ¡y qué engañadas vivís!

El primer deber de la mujer es el ser fiel á su esposo, pero luego la quedan infinitos mas que cumplir.

Deber suyo es ser buena, apacible y resignada.

Deber suyo es conservar lo que su esposo gana y emplearlo lo mejor posible.

Deber suyo es cuidar del arreglo y economía de su casa y de lo que hacen sus criados.

Deber suyo es trabajar y vigilar para que sus hijos no estén ociosos.

Deber suyo es ser indulgente y amenizar la vida de su marido con sus desvelos y cuidados.

¿Sabeis lo que haceis crear vosotras, virtuosas iracundas é insoportables?

Que vuestra virtud es orgullo y que ni un átomo de amor hay en vuestros egoistas y helados corazones para el hombre que pasa su vida trabajando por vosotras.

Aun creo que os hice demasiado favor al concederos, con la generalidad, ese sentimiento de gratitud, innato en la mujer hácia el que la da su nombre.

¡La gratitud no tiene cabida en vosotras, no! El lugar de este dulcísimo sentimiento le ocupó la triunfante alegría del orgullo satisfecho, porque ya no temiais que el mundo os designase con el nombre, para vosotras odioso, de *solteronas*.

## VII.

No quiero ocuparme mas de esos seres para echar la última ojeada al corazon de la mujer, segun yo le comprendo.

Creo, como antes dije, que el amor cambia el carácter de la mujer: si el hombre que se lo inspira es digno, si la ama á su vez, si hay en él esa mezcla de energía y ternura que cautiva tanto á los corazones femeniles, si la prodiga esas atenciones que tanto agradecen las organizaciones débiles y tiernas, el amor hará á la mujer buena esposa, buena madre, y en una palabra, *el ángel de la casa*.

Olvidemos los contrastes de la vida; dejemos á esas mujeres nacidas para el mal: apartemos tambien la vista de esas infelices víctimas del abandono de sus esposos: si buscamos á la mujer en la tranquilidad del hogar doméstico, ó en el pedestal de la gloria que la han formado sus virtudes ó su talento, veremos que es dichosa por el amor y que el amor la ha elevado, la sostiene y la hace feliz.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

### Coleccion arqueológica del principe Pedro Soltykoff. — Relojería.

Una coleccion notable no se improvisa con dinero como se figuran algunos ricos del dia; seguramente hace falta dinero, pero sobre todo se necesita tiempo, experiencia y talento: una coleccion debe elaborarse como un poema.

Despues de haber trabajado muchos años en formar la suya, el principe Pedro Soltykoff se decide á ponerla en evidencia; la saca del depósito en donde estaba enterrada, y se ocupa en disponerla en el museo que acaba de construir en el centro de Paris, entre la calle de la Paix y el boulevard de Capucines.

El catálogo de estas riquezas está concebido sobre un plan grandioso; se reúnen en él los esplendores de la tipografía y de la ilustracion, como puede verse en el primer tomo que ya circula entre el público. Este primer volumen trata de la relojería, y de él vamos á tomar la descripcion de los objetos que reproducimos.

El número 1 es una de las piezas mas hermosas del siglo XVI; su forma es la de una bola ligeramente aplastada; la caja es una obra maestra de grabado y de cincelado; el artista se ha complacido en cubrirla de finos encajes de plata y de delicados bordados. Por la otra parte se ve un cuadro redondo representando á *Andrómeda* salvada por *Perseo*. Este cuadro, cuyas figuras son de relieve, tiene por marco una orla de plata dorada en cuyo derredor corren pájaros fantásticos, arabescos y guirnalda de flores de un acabado de ejecucion superior á todo elogio. El anillo que divide esta caja en dos partes iguales está todo calado, y presenta, como la orla, flores ideales y pájaros de distintas especies. La parte superior del objeto se compone de un círculo alternado de oro y de plata esculpido y grabado; un círculo mas pequeño y concéntrico sostiene el cristal por donde se ven las manecillas de las horas y la esfera. El círculo horario, de oro, se destaca vigorosamente sobre un fondo de plata cubierto de preciosos arabescos calados y

cincelados del mejor gusto. Este reloj tiene un doble fondo cuyo centro está ocupado por una brújula en cuyo derredor hay cuatro esferas solares para diferentes meridianos: entre cada una de estas esferas se ven nuevos calados de plata sobre fondo de oro. La máquina es de repetición y con despertador; también marca los días de la semana y la fecha del mes; la mayor parte de las piezas que componen esta máquina están adornadas con calados y cincelados primorosos. Se juzga que este reloj es francés, y pertenece á la época de Enrique IV.

La caja de la figura número 2 ofrece cuando está cerrada un precioso botón de tulipán de oro enteramente cubierto de esmalte blanco, verde y encarnado con flores bien dibujadas; unos hilos de oro de relieve orlan las hojas del tulipán y realzan el brillo de los esmaltes. La esfera es de oro, y esmaltada con los mismos colores. La máquina es del famoso relojero J. Jolly, que vivió en tiempo de Carlos IX.

La figura número 3 representa el lado opuesto del mismo reloj.

Los núm. 4 y 6 tienen la forma de una cruz. Myrmecide, relojero de París, que vivía á principios del



2. Reló en forma de tulipán del reinado de Carlos IX (cerrado.)



1. Reló del siglo XVI.

siglo XVI, firmó un crecido número de relojes en forma de cruces pectorales, que estuvieron muy á la moda durante el reinado de Francisco I y de sus sucesores.

El número 6 es de plata; la esfera es de esmalte, lo que prueba que el reloj pertenece al siglo XVII; sin embargo, los ornatos no carecen de distinción. El cincelado es hermoso; este reloj no está firmado.

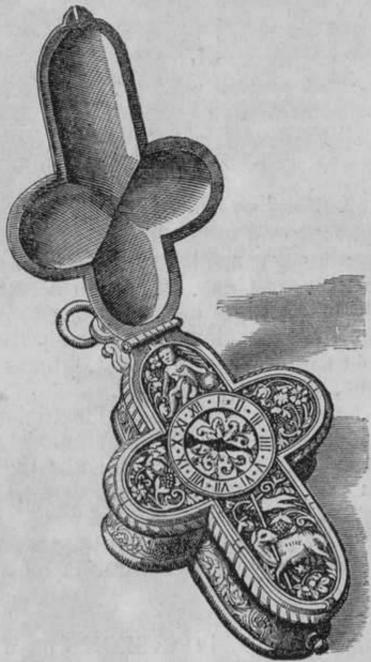
El número 4 difiere de otras cruces latinas en que los brazos de la cruz están redondeados. La esfera de plata tiene buenos dibujos; todos los lados de esta cruz están grabados del mismo modo, y ofrecen detalles de una ejecución admirable. Esta pieza es de plata dorada; el mecanismo bien conservado pertenece á la segunda mitad del siglo XVI.

La figura 5 representa un reloj octógono de cristal de roca; la esfera es de cobre dorado, y tiene preciosos dibujos calados. La superficie lisa que rodea esta esfera está grabada lo mismo que las tapas de los cristales; por estos se ven, por un lado las horas, y por el otro las piezas de la máquina.

El núm. 7 es una alhaja de capricho; es un reloj con caja de ámbar, y que forma una cabeza de adormi-



3. Reló en forma de tulipán del reinado de Carlos IX (abierto.)



4. Reló en forma de cruz latina del siglo XVI.

dera. La montura es de oro fino muy bien grabado. La esfera es de plata grabada como el círculo de la montura; la tapa tiene la forma de la caja. Este reloj debió tener un valor grande; sin duda perteneció á alguna señora elevada de la época de Carlos IX. Desde entonces ha pasado por muchas manos, pero por fortuna sin estropearse.

El reloj figurado en el octavo y último número es hexágono, y tiene dos cuerpos sobrepuestos. El primero representa un templo que rodean seis columnas acanaladas y con chapiteles de orden corintio; entre ellas hay seis puertecillas de hierro con embutidos de oro fino. Los filetes de oro incrustados en el hierro forman figuras humanas y arabescos del dibujo mas puro y elegante. Estas puertecillas descansan en un zócalo tambien de hierro con embutidos. La esfera del reloj está en el hueco de una de las puertas; la manecilla es de acero azulado de un trabajo precioso.

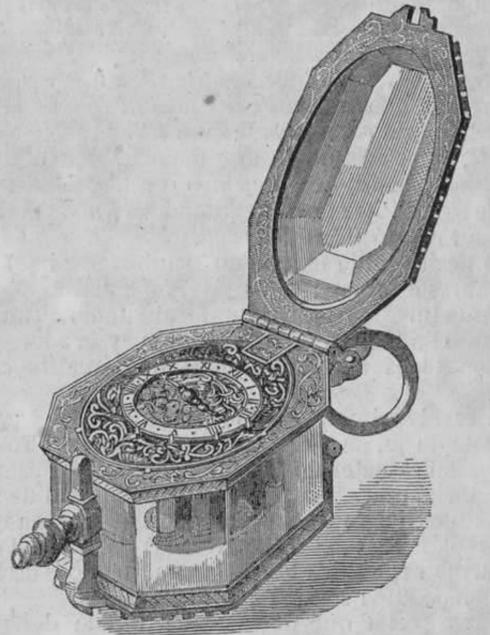
Las seis columnas forman el primer entablamento. El segundo cuerpo, tan rico como el primero, es de otro género. Seis cariátidas ocupan los seis ángulos; el intervalo que las separa forma un número igual de cuadros, cuyo centro está enriquecido con un medallón, en el cual se ve esculpido el busto de un guerrero ó de un



6. Reló en forma de cruz pectoral del siglo XVII.



8. Reló hexágono del reinado de Enrique II.



5. Reló octógono de cristal de roca del siglo XVII.



7. Reló en forma de cabeza de adormidera del reinado de Carlos IX.

emperador romano. Estas figuras, bien dibujadas, se destacan en alto relieve de su orla de bronce dorado. Los medallones están rodeados por quimeras, máscaras antiguas y diversos ornatos calados en el cobre; estas decoraciones metálicas doradas fueron esculpidas por un hábil artista de la época de Enrique II.

Sobre el segundo entablamento se ven en los seis ángulos del monumento y en la línea perpendicular de las cariátidas y de las columnas, seis campanillitas de cobre dorado. La máquina es muy notable; pues además de dar las horas y los cuartos, marca la fecha del mes, los días de la semana, las fases de la luna, los signos del zodiaco, el movimiento del sol y de los planetas. Todas estas esferas, todas estas indicaciones astronómicas se ven sobre el reloj entre las seis campanillas que acabamos de indicar.

La manecilla indicativa vuelve horizontalmente al centro de la máquina, sostenida por otra campanilla. Por una pequeña abertura practicada en una de las puertas, se ven siete figuras de plata, á saber: Júpiter, Venus, Saturno, Mercurio, Apolo, Diana y Marte, las cuales marcan los siete días de la semana.